

CORRESPONDENCIA

TIERRA SANTA

Primeras impresiones de un peregrino.—Belén!

El R. P. misionero Fr. Ramón García Muñíos, O. M., escribe desde Belén el 26 de Diciembre de 1896:

BELÉN! palabra llena de misterios inefables; palabra mágica que evoca las primeras impresiones cristianas y las mayores delicias de nuestra infancia; palabra que lleva asociadas las ideas de alegría y de inocencia, de sufrimiento y de santa resignación de que es símbolo el más adecuado la debilidad de un Niño-Dios.

Belén, patria de Noemi, de Booz y Ruth, padres de Obed, abuelo de David, es la ciudad de las santas esperanzas de los antiguos Patriarcas, como es para los cristianos la ciudad de la poesía más pura y del amor más grande que el Hijo de Dios manifestó á los hombres.

Su misma posición escalonada en la pendiente de una colina; su cielo siempre risueño y esplendente de luz; su aire puro y refrigerante; sus alrededores cubiertos de árboles y hierbas aromáticas la hacen uno de los pueblos más pintorescos y hermosos de la Palestina. Los mismos habitantes de Belén tienen fama de más alegres, elegantes, apuestos y laboriosos que los de otros pueblos orientales. Y, á la verdad, basta verlos un día festivo cualquiera (hablo de los cristianos, que son la inmensa mayoría), para admirar la gallardía de su talle, la hermosura de sus rostros, la vivacidad de sus negros y centelleantes ojos, y aquel aspecto gracioso, señorial y casi caballeresco que tanto les distingue.

¡Qué diferencia tan marcada encuentra el viajero entre las cercanías de la ciudad deicida y las de esta otra que vió nacer al Autor de la vida! ¡Qué contraste entre Belén y Jerusalén, entre los habitantes de una y otra, entre la fisonomía topográfica que constituye la posición de ambas! Jerusalén, la ciudad de la muerte, la que vió con el corazón duro, seco é insensible, cometer el más horrendo crimen que conocen los anales del mundo, en la persona de un Dios hecho hombre por amor al hombre: Belén, el pueblo de la vida, el pueblo escogido *ab eterno* para iluminar con los rayos de su limpio cielo las pupilas del que es *luz de luz, esplendor de la gloria del Padre y figura de su substancia*: «Y tú, Belén, tierra de Judá, no serás ya la más pequeña entre las ciudades de Judá; de ti saldrá el Caudillo que debe guiar á Israel mi pueblo, *Aquel que existe desde el principio, desde los días de la eternidad.*»

Y así sucedió: Jesús, Hijo de Dios en su divinidad, descendiente de David según la carne, heredero de

cientos de reyes, vió la primera luz de este mundo en Belén, en este rincón de la Judea; y Belén desde entonces no fué ya el pueblo ignorado y despreciado del gentilismo, la ciudad más pequeña, *minima*, de los pueblos y ciudades de la tierra de Judá. Porque, si otras ciudades famosas y antiquísimas han sido destruídas desde sus cimientos, han dejado de existir, conservando tan sólo sus nombres más ó menos corrompidos en los libros, Belén subsiste todavía, con toda su historia gloriosa, ilustre é imborrable de los anales del mundo; Belén ocupa hoy el mismo lugar que ocupaba hace tres mil años, amén de que su nombre es llevado por toda la redondez de la tierra, y no puede ser ignorado por nadie, fiel ó infiel, turco ó cristiano, grande ó pequeño, pobre ó potentado.

Quisiera hablar de este gracioso pueblo, cuna del Salvador, según el método y guardando las mismas proporciones que tuve en cuenta al describir ligeramente la Basílica del Santísimo Sepulcro de Jerusalén. Pero conceptúo más adecuado al título de

impresiones comenzar por reseñar las que se reciben en las fiestas de Navidad del Niño-Dios celebradas en el mismo lugar donde se efectuó este grandioso acontecimiento, aprovechándome de mi actual estancia aquí este año.

Es la una y media de la tarde del 24 de Diciembre de 1896. La Comunidad franciscana de Belén, hoy numerosísima por los muchos Religiosos que acuden de otros conventos cercanos, baja procesionalmente á la plaza que se extiende frente á la Basílica de Santa Elena; allí espera una multitud de gentes de todas las naciones, ritos y creencias la venida de monseñor Pascual Appodia, obispo de Capitolia, auxiliar del excelentísimo señor Patriarca de Jerusalén. Los terrados de las casas están llenos de

curiosos que presentan un golpe de vista extraño é indescriptible, por la variedad de tipos y trajes de todos colores, hasta los griegos y armenios, tradicionales enemigos nuestros, miran con atención, no sé si diga cobarde ó envidioso. Ya las campanas de nuestro convento tocan como en las grandes fiestas; ya van llegando varios betlemitanos que montados sobre gallardos y bien enjaezados caballos anuncian la próxima llegada del señor Obispo; ya aparece un piquete de caballería turca que pasa adelante y se sitúa cerca de la puerta de la Basílica, donde presenta las armas al paso de monseñor Appodia; ya en fin llega éste en coche, acompañado de algunos familiares y precedido de los genizaros ó cabases que deben romper la marcha de la procesión. Apeados ya, nos dirigimos todos á nuestra iglesia á los acordes de una banda de música que está á nuestra izquierda y entonando el *Te Deum laudamus*. La guarnición turca desplegada en dos alas á lo largo de la plaza contiene al gentío inmenso, dejando el espacio preciso para el paso del venerable Pontífice y de su acompañamiento.



R. H. José, marista. (Pág. 118)

El muy reverendo Padre Guardián vestido de capa pluvial espera á la puerta del Santuario para recibir al señor Obispo, entregándole el hisopo con agua bendita, é incensándole según el ceremonial. La comitiva llega á la iglesia de Santa Catalina donde el señor Obispo incienso el altar mayor, se cantan las oraciones de rúbrica, sigue el besamanos y se reviste monseñor Appodia para celebrar pontificalmente las Vísperas que tienen lugar acto seguido.

A las cuatro las campanas vuelven á hacer sentir sus alegres voces. Cantadas solemnemente las Completas, tiene lugar la procesión cotidiana, presidida hoy por monseñor Appodia, á la cueva del Nacimiento de Jesús, cantándose en el trayecto el himno *Jesu, Redemptor omnium*, correspondiente á las Vísperas y Maitines de hoy. Arrodillados ya ante el lugar donde María purísima dió á luz á su Unigénito, se entonan por los cantores estas palabras de San Jerónimo, cuya exactitud conmovedora sólo en este lugar y en día como el presente puede apreciarse: «*Aquí*, en este pequeño agujero de la tierra, nació el Criador de los cielos; *aquí* fué envuelto en pañales; *aquí* le vieron los pastores; *aquí* le mostró la estrella; *aquí* le adoraron los Magos; *aquí* cantaron los Angeles diciendo: ¡Gloria á Dios en las alturas!...»

Acaban de dar las nueve y media de la noche, y las campanas repican alegremente llamando á todos: vamos á acompañar procesionalmente á monseñor Appodia desde su habitación hasta la iglesia, donde se da principio á los Maitines que oficia el mismo señor Obispo. El invitatorio *Christus natus est nobis* es de un efecto delicioso, y respondido por angelicales voces de los niños betlemitas con el *Venite, adoremus*, hace asomar las lágrimas á los ojos. Excuso decir que la música es del conocidísimo P. Vicente Comas, lo mismo que las Misas de mañana y todo lo que acompaña la orquesta. Al comenzar el tercer nocturno, monseñor Appodia se viste de pontifical para cantar la última Lección. Sigue el *Te Deum* solemne y la oración que concluye los Maitines, y cierra con llave de oro el día 24 de Diciembre.

Suenan las doce, estamos en plena *noche buena*: algunos momentos de silencio, y comienza la *Misa del gallo*...

El *Gloria in excelsis* entonado por el señor Obispo y repetido por un nutrido coro de voces acompañadas de la orquesta y órgano resuena en las bóvedas de la iglesia, mientras sobre el Tabernáculo aparece un Niño hermosísimo acostado dentro de una urna de cristal. El momento es solemne, las santas impresiones inenarrables: yo las dejo á la consideración de los lectores...

Concluida la Misa y cantados los Laudes con la misma solemnidad que los Maitines, se procede á la procesión más tierna y conmovedora que uno puede presentar, ni aun imaginar. El venerable oficiante toma en sus manos la efigie del divino Niño recién nacido, y todos nos dirigimos á la sagrada Gruta, abriendo la marcha los genízaros del Obispo. Dos grandes hileras de Religiosos y sacerdotes seculares, vestidos todos de roquete y con velas en las manos, van entrando con dificultad en el bendito *Portal*. Detrás de la procesión viene el señor Cónsul francés que, vestido de gala y acompañado de todos sus oficiales, ha asistido á los

divinos Oficios delante del presbiterio. La multitud, el abigarrado conjunto de gentes de todas clases y creencias, turcos y cristianos, católicos y cismáticos, soldados, hombres, mujeres y niños, ocupan una grande extensión en la Basílica de Santa Elena, ansiosos de contemplar al divino Infante que el Obispo va á colocar en el punto mismo donde la Virgen Santísima lo dió á luz. Acto continuo el diácono entona el Evangelio: *Exiit editum à Cesare Augusto*, que corresponde al capítulo 11 de San Lucas. Dichas las palabras *peperit Filium suum primogenitum*, el mismo diácono envuelve la hermosa Efigie en ricas telas de seda guarnecidas de oro, diciendo: *Et pannis eum involvit*; lo toma luego en las manos y lo va á depositar en el auténtico lugar del Pesebre, acompañando esta acción con las palabras: *Et reclinavit eum in præsepio*, que ya de antemano está descubieto y lo estará todo el día de hoy solamente, pues en lo restante del año se cierra para impedir su destrucción por manos de indiscretos devotos. El diácono prosigue el Evangelio hasta el versículo 14; y entonces el coro entona el *Gloria in excelsis Deo* de la Misa. Figúrense los lectores el efecto que causarán en los presentes estas ceremonias; ponderen, si pueden, las santas impresiones que experimenta un alma cristiana, *aquí* en Belén, en este día y á esta hora.

Van á dar las tres de la mañana del 25; la procesión, vuelve por el mismo orden á la iglesia franciscana, cantando el *Te Deum*. Todos se retiran á descansar algunas horas, excepto el señor Obispo, que celebra su segunda Misa.

A las ocho y media se canta Tercia y la Misa, que por tercera vez dice monseñor Appodia. Se concluye todo á las once. Mientras tanto los sacerdotes, según el orden establecido, van diciendo una Misa rezada en la Gruta. Veremos á qué hora de la tarde se acabará de celebrar.

Por la tarde, á las dos y media, vamos en peregrinación á la *gruta de los Pastores*, donde éstos se hallaban pasando la noche cuando oyeron el cántico de los Angeles que les anunciaban el Nacimiento del Redentor. Aquí se canta la Letanía laureana con el *Tota pulchra* y otras oraciones. Después vamos á la *Gruta de la leche*, que visitaremos otro día más despacio, lo mismo que otros Santuarios que nos faltan por ver. Son las cuatro y media, y vemos que llega á la sacristía el último sacerdote que ha celebrado en la Gruta.

Día 26, por la mañana, los Religiosos forasteros abandonamos este amado *Pesebre*, salimos del convento, y atravesando la risueña ciudad de Belén, nos dirigimos cada uno á nuestro convento, con el alma henchida de afectos, y el corazón rebosando ternura incomprendible.

CHINA

La Tercera Orden Franciscana en China

El P. Bernabé de Colonia escribe desde Chan-si Septentrional (China) al Oriente Serafico:

TAL vez los Terciarios de Italia saben ya que también entre los chinos hay muchos afiliados á la Orden Tercera; mas lo singular y rarísimo es el que yo tenga una cristiandad compuesta casi toda de

Terciarios, y es la cristiandad más numerosa de cuantas están confiadas á mi solicitud. Después de Navidad (1895) admití á la Tercera Orden veintisiete individuos de una vez, y juntamente con los ya antes inscritos, esta pequeña villa, ó como por aquí dicen, el *Pago*, ha llegado á ser enteramente terciaria; pues no hay más de ocho personas que no pertenecen á la Orden Tercera, tres de las cuales hicieron ya la solicitud para ser admitidas, y espero atraer aún las restantes á esta santa milicia. El ejemplo de esta cristiandad ha de ser imitado por las otras á mí confiadas, las cuales espero sean pronto enteramente terciarias. Mas no se crea que estos Terciarios lo sean tan sólo de nombre; pues sucede de todo lo contrario. Tan pronto un sacerdote llega entre ellos se halla asediado por las confesiones y ve á todos acercarse á recibir la Sagrada Comunión, con un fervor que no tienen ciertamente muchos europeos.

Algunos en medio de su simplicidad y fervor llegan á lamentarse de que el Sumo Pontífice haya disminuído las obligaciones de la Regla y les haya librado del rezo de la Corona franciscana, á la que estaba concedida indulgencia plenaria (1).

Si os sentís llenos de admiración al leer estas cosas y de que una cristiandad entera sea toda Terciaria, os diré que debe tenerse presente un hecho grandemente consolador, que manifiesta el fervor de estos cristianos, que pueden parangonarse con los de la primitiva Iglesia. Figuraos que todos quisieron inscribirse en la Orden Tercera, porque dándose la absolución exclusivamente á los terciarios, según costumbre, los días de la Inmaculada y de Navidad por la tarde, y excluyendo á los no terciarios, éstos para no ser otra vez excluidos de aquel beneficio, se decidieron á ingresar en la Tercera Orden; de aquí el que pidan la Regla, el que quieran saber sus obligaciones, el que ellos mismos se provean de hábito y cordón.

Tuve verdaderamente algunos días de molestia, pero fué una molestia voluntaria y gratísima por aumentar los hijos de San Francisco. Intenté rechazar á algunos para probarlos mejor, y lo llevaron con grandísima pesadumbre. ¡Ojalá que el fervor de estos cristianos que habitan entre los pueblos infieles fuese imitado en la cristiana Europa!

Concluyo con un hecho prodigioso:

Una buena terciaria estaba hacía cerca de un mes con dolores de parto, habiendo ya transcurrido el tiempo ordinario de dar á luz. Una mañana fuí llamado á otro pueblo para administrar la Extremaunción, y al tiempo que me disponía para marchar, me avisan que aquella señora quería confesarse y convenía que se le administrasen los últimos Sacramentos, porque estaba desahuciada de los médicos, por habérsele muerto la criatura en el vientre. Todas las personas prácticas y el mismo médico me aseguraron del grave y casi inevitable peligro de muerte. Accedí á sus deseos, y la señora se dispuso en medio de los más atroces dolores á conformarse con la voluntad de Dios, aceptando la muerte. Entre tanto se me ocurrió bendecir el agua y la candela de San Ramón Nonato para lograr los par-

tos felices, y dejando ese remedio á la enferma, marché á visitar el otro enfermo.

Por el camino encomendé á San Francisco á esta su buena hija, prometiéndole de parte de ella una novena si fuere curada, y de la mía el escribirlo al *Oriente Serafico* para ensalzar á Dios en sus Santos.

Hizo la enferma encender la candela, y bebiendo el agua bendita se alivió, dando felizmente á luz un hermoso niño, no ya muerto, como había pronosticado el facultativo, sino con general sorpresa, vivo y sano. Pusieron al recién nacido el nombre de Ramón en memoria del hecho; y yo cumplo con la promesa que hice para la mayor gloria de Dios y de sus Santos Francisco y Ramón, esperando que en semejantes peligros recurrirán otros muchos á su poderosa intercesión.

LA PESTE Y EL HAMBRE EN LA INDIA

(LAHORE Indostán)

Todos los periódicos publican noticias de los estragos que la peste y el hambre causan en la península brahmánica. Del Norte de la India nos llega la carta siguiente que nos apresuramos á transcribir, recomendando vivamente á la caridad de nuestros lectores la Iglesia infortunada de Lahore.

Dice así la carta que con fecha 18 de Enero nos escribe el ilustrísimo Godofredo Pleckmans, capuchino, obispo de Lahore:

DESDE uno de los puntos más apartados de la India un pobre Obispo acude á las columnas de *Las Misiones Católicas*, para poner en conocimiento de sus caritativos lectores los azotes que desolan las Indias, é interesar sus corazones en favor de las infelices víctimas de ellos.

Desde hace algunos meses dos grandes plagas afligen á la península indostánica: la peste y el hambre.

La peste, conocida con el nombre de fiebre bubónica, ataca la garganta, hincha horriblemente sus glándulas, y en seguida cubre el cuerpo de ampollas, arrebatando ordinariamente su víctima en menos de veinticuatro horas en medio de dolores atroces.

Estalló primero en Bombay, extendiendo sus estragos en esta inmensa ciudad, que cuenta cerca de ochocientos mil habitantes, y sembrando el espanto en la población. El azote ha hecho ya millares de víctimas, y la mortalidad, lejos de disminuir, aumenta todos los días. Los habitantes están dominados del mayor pánico, y más de trescientos mil han huído ya de una atmósfera y un suelo peligroso, impregnados de los gérmenes de la terrible enfermedad.

Desde Bombay el azote se corrió á Poonah; y luego, siguiendo á lo largo de la costa, apareció súbitamente en Karachi con mayor violencia que en Bombay mismo. La despoblación de Karachi toma proporciones alarmantes. Las gentes huyen asustadas hacia el Norte del Punjab, llevando necesariamente con ellas el virus de la enfermedad para diseminarlo en comarcas hasta hoy indemnes.

¿Qué diré del hambre, azote más terrible todavía, toda vez que las víctimas que hace pasan por torturas más largas y crueles? A consecuencia de una sequía prolongada, las cosechas de otoño del año pasado y la

(1) Ahora ya vuelve á estar concedida esta indulgencia por la comunicación de gracias y privilegios espirituales hecha por León XIII á favor de los terciarios.

sementera de trigo para las cosechas de la primavera de este año, han faltado, y el alza excesiva en el precio de los cereales, ha puesto súbitamente á millones de infelices en la imposibilidad de proveer á su cotidiano sustento. ¡Cuál será, oh Dios mío, la suerte de esta inmensa comarca! Millones de infelices no tienen otra perspectiva que una muerte cierta en medio de los horrores del hambre.

A pesar de la enérgica intervención del Gobierno inglés para atenuar los progresos del mal y arrancar al azote el mayor número posible de víctimas humanas, la muerte ha hecho ya espantosos estragos, y continúa su obra. Si los recursos no vienen pronto, después será tarde. El grito de los hambrientos es el eco de una necesidad cuya urgencia no admite dilación. Es una obra de humanidad que recomendamos á nuestros lectores: ningún corazón humano puede permanecer extraño al mismo.

Algunos pormenores os darán idea de la situación crítica del país. Millón y medio de infelices están empleados en obras que los ingleses llaman *relief works*, esto es, emprendidas únicamente para aliviar á las víctimas del azote. Más de sesenta y siete mil reciben diariamente alimento gratuito. Tocante á la mortalidad, ciento treinta y siete mil muertos de hambre han sido *registrados* hasta hoy. Y digo *registrados*, pues cuantos conocen la densidad de las poblaciones indias, y la dificultad para el europeo de penetrar en el seno de las familias á causa de los prejuicios de casta, convienen en que tal número es muy inferior á la realidad.

El Parlamento inglés se ha conmovido ante las terribles proporciones del azote, y se esfuerza generosamente por contener la expansión del desastre y auxiliar á millones de hambrientos. El Gobierno británico ha autorizado subscripciones públicas, y se han recogido ya considerables sumas. Rusia ha dado ejemplo de humanidad organizando colectas públicas.

Con el corazón contristado me atrevo á hacer un llamamiento á la caridad de los lectores de *Las Misiones Católicas*. Sabiendo muy bien lo que mis ovejas pueden esperar de un Gobierno protestante, me dirijo con confianza á los católicos de Europa, nunca indiferentes ante las miserias del prójimo. Que aquellos á quienes Dios ha concedido bienes de fortuna, den con largueza, y que los menos favorecidos no rehúsen enviar su óbolo para una miseria tan profunda. Así arrebatarán muchos indios á la muerte, y, con la gracia de Dios, muchas almas al infierno. Padres y madres cuyo hogar regocija las sonrisas de tiernos seres á quienes nada falta, pensad en los pobres huerfanitos de la India abandonados por sus padres y que piden pan. Sed su Providencia. Vuestra limosna será mil veces bendita.

PONDICHERY (Indostán)

El R. P. Fourcade, de las Misiones Extranjeras, párroco de la Catedral de Pondichery, nos escribe desde este punto el 13 de Enero último:

Tarde, como veis, os envío mis felicitaciones por el año nuevo. Todos los días me decía: Mañana estarás más libre, y el día siguiente sucedía lo mismo. La ra-

zón es que hemos recibido la visita de un *señor* que nos «rompe las piernas,» como se dice en tamul: es hijo del hambre y se llama ¡el cólera!

Os han escrito que el hambre atormenta los estómagos: es tan cruel que ha movido á los infelices hambrientos á alimentarse con todas las substancias que estaban á su alcance.

De estas amalgamas nació el cólera, que creció apriisa. Actualmente es un monstruo á quien todos temen, y que no perdona á pobres ni ricos; sin embargo, tiene predilección por los paganos. Estos le consideran un diablo malhechor, y para ahuyentarlo baten miles de tambores y gritan noche y día.

El diablo en cuestión, no obstante, prosigue su obra sin inmutarse. Mientras atormenta á su víctima, llega un sacerdote para mostrarle el cielo: de esta suerte muchas almas de paganos, purificadas por el bautismo, suben al cielo gozosas.

Ayer uno de nuestros Padres, después de administrar la Extremaunción á varios enfermos, bendecía á los cristianos del barrio, que se pusieron de rodillas.

Sólo un muchacho y una niña, muy tristes, permanecían en pie.

—¿Sois paganos? les preguntó el Padre.

—Sí.

—¿Tenéis padres?

—Han muerto del cólera estos días, y perecemos de hambre.

—No lloréis, queridos niños; yo os haré de padre y de madre, y os administraré el bautismo.

—Por esto, al veros, hemos corrido hacia vos.

—Sí, Padre, exclamó la multitud; lleváoslos: sólo vos podéis consolarlos.

Mientras se adelantaba entre ellos, díjole un pagano:

—Padre, tened á bien entrar en mi casa.

Así lo hizo, y halló tres coléricos presa de convulsiones. Por todos lados se veían insignias diabólicas.

—No es esto lo que os salvará. Si arrojáis á la calle estos emblemas idolátricos, y pegáis á vuestra puerta esta imagen del Sagrado Corazón, os prometo que vuestros enfermos curarán.

Dicho y hecho. Los diablos fueron arrojados por la ventana, y ocupó su lugar el Sagrado Corazón.

Esta mañana, durante su visita, el Padre ha hallado á los tres enfermos fuera de peligro.

—Vuestro Dios los ha salvado, le ha dicho el dueño de la casa: á El adoraremos en adelante.

—Venid todos los días; venid á predicarnos á vuestro Dios tan poderoso, han repetido muchas voces.

GOLFO DE GUINEA

El misionero católico consolado

Un misionero Hijo del Corazón de María escribe desde las posesiones españolas de Guinea:

EN medio de los trabajos y arideces que experimenta el misionero en el cumplimiento de su elevado ministerio, son no pocos los consuelos que el Dios de las misericordias amorosamente derrama en los corazones de los que con tanta abnegación y generosidad

le sirven, como lo demuestra el siguiente suceso ocurrido á uno de los Padres misioneros, Hijos del Corazón de María, en las Misiones de infieles del Golfo de Guinea.

En un pueblo del contorno de la Misión había un enfermo, el cual no era cristiano, pero deseaba serlo. Veíase con frecuencia visitado por el Padre misionero, quien ofrecía generosamente al enfermo cuanto para recuperar la salud necesitaba, recordándole al mismo tiempo la necesidad que tenía de recibir el Santo Bautismo para salvarse. Agradecido el buen hombre, disponíase á recibir las regeneradoras aguas, y viendo el misionero que la enfermedad aparentaba alargarse, le iba preparando explicándole brevemente alguno de los principales misterios y le hacía repetir cortitas jaculatorias, con el fin de que recibiera con mejores disposiciones el Santo Bautismo.

consolado al recibir la triste noticia. No sabía qué responder á los mensajeros; pero esforzándose para que no se le conociera exteriormente la pena interior que sentía, les pregunta si alguien bautizó al difunto.

Dícenle:

—No, Padre; pero él muere con escapulario.

—No habiendo recibido el Bautismo, les dijo con sentimiento el Padre, nada puedo hacer. Enterradlo según vuestra costumbre.

A pesar de la obscuridad de la noche quiere el Padre misionero ir á ver al difunto para cerciorarse si daba alguna señal de vida: pero está cansado por haber andado unas ocho horas; á más es de noche, y el camino escabroso; se debe pasar un buen trecho de playa y la mar está gruesa, y es peligroso vadearla, y, por fin, siendo los principales hombres del pueblo y uno de ellos cristiano, y que jamás han mentado, persuáde-



MANDCHURIA.—Mandarines y satélites chinos en la frontera. (Pág. 109)

Era á principios del pasado año de 1896. Luego de haber celebrado el Santo Sacrificio fué el Padre á una expedición, de la cual regresó cuando el sol acababa su curso. Asistió como los demás al Santo Rosario, y después de haber tributado este acto de devoción á Nuestra Señora al salir del templo acompañado de sus colegas negritos, se le presentan dos hombres que, encarándose con el Padre misionero, por ser ya de noche, le llamaron notablemente la atención, y mucho más viéndolos que visten paños nuevos y armados de lanzas, según costumbre del país cuando se trata de asuntos serios y de mucha importancia. Descubren sus cabezas y dicen:

—Padre, el enfermo N. ya ha muerto: ¿qué dispone V. para enterrarlo? Cuando moría llevaba el escapulario de Santa María que V. le dió.

El Padre misionero queda sumamente afligido y des-

se el Padre de que están en lo cierto al notificar tan triste nueva, y así desiste de su intento, y levanta su afligido corazón al Dios de las misericordias para que le consuele en medio de tanta aflicción.

Sin embargo, para mayor seguridad llama á dos jóvenes de la Misión de los más instruidos y de mejores sentimientos, y les pregunta si se ven con ánimo para ir al pueblo vecino; y contestando afirmativamente, les envía haciéndoles las oportunas reflexiones para que pudieran conocer si en realidad había muerto el indígena ó daba alguna señal de vida, en previsión de lo cual entrególes un frasco del agua bendita. Entre tanto llamando el Padre á los colegas negritos, los hace entrar de nuevo en la iglesia para pedir al Corazón agonizante de Jesús por los moribundos, y rogar también con el mismo fin al compasivo Corazón de María.

Con ansia se espera á los jóvenes catequistas, los

cuales, después de hora y media de ausencia, volvieron fatigados, pero llenos de gozo contando cómo el presunto muerto vivía, y que le hicieron varias preguntas de Catecismo, respondiendo satisfactoriamente á las mismas; y el mayor de los catequistas le administró el Santo Bautismo, quedando el paciente muy consolado por ver ya cumplido el deseo que tenía de ser cristiano, y quedando no menos consolado el Padre misionero con la satisfactoria é inesperada nueva que acababan de darle.

Todos los indígenas, así cristianos como infieles, atribuyeron este suceso á un favor especial que quiso dispensar al enfermo el bondadoso y maternal Corazón de María, cuya estampa el Padre misionero había dejado colgada en la habitación del paciente, á fin de que se dirigiera con amorosas aspiraciones á la que es nuestra Madre, y le sirviera de consuelo y alivio en su enfermedad.

Oí contar por los que asistían al enfermo que al creer ellos que se moría, desprendiéndose la estampa del Corazón de María del lugar donde el Padre la había colocado muchos días antes, fué á ponerse encima del pecho del moribundo con admiración de los circunstantes. Conocieron que María quería favorecer al pobre indígena que en Ella confiaba, y no quedaron fallidas sus esperanzas. Merced á nuestra misericordiosísima Madre recibió el bautismo, y en pleno conocimiento pudo aún recibir á Jesús Sacramentado y la Santa Unción, muriendo pocos días después como buen cristiano, resignado á la voluntad de Dios.

Muchas de las circunstancias aquí expresadas vi yo mismo, y lo demás me lo contaron personas fidedignas; y por lo que debo á la Virgen nuestra Señora, y porque sé cuánto se complace en favorecer á los que la honran, y para que crezca cada día más la confianza que tienen en la celestial Señora sus devotos, lo comunico á V., á fin de que lo publique, si ha de contribuir á la mayor gloria de Dios y del Inmaculado Corazón de María.

TIERRA DEL FUEGO

Nuevos cristianos en la isla Dawson

El R. P. Antonino Grosso, misionero salesiano, escribe á su reverendo Padre Superior:

TRES años hace, mi querido Padre, que me encuentro entre los indios fueguinos y acalufes, y nada le he dicho de ellos hasta ahora, que dando de mano á mis muchas ocupaciones por un momento, y aprovechando la ocasión que se me presenta de la fiesta de la Asunción, le dirijo esta carta para darle gratas noticias de esta Misión de San Rafael en la isla Dawson.

La fiesta á que me refiero, con su novena preparatoria, ha sido para nosotros de gran consuelo al ver la fe y devoción con que los indios, en su mayor parte fueguinos, asistían á los cultos que tributamos á nuestra querida Madre María. A las siete celebramos Misa de Comunión general, siendo setenta y cinco los indios que se acercaron á la santa Mesa. Durante la Misa mayor nuestra banda, compuesta de indios, ejecutó admirablemente y con maravilla nuestra, dada su rudeza y poca cultura, varios trozos de la *Misa de la Santa*

Infancia, del Ilmo. Sr. Cagliero, y un motete del Ilmo. Sr. Costamagna. Al terminar la Misa administramos diez bautismos á indios de la Tierra del Fuego, de unos treinta años. ¡Con cuánta fe y devoción se acercaron á recibir este Sacramento, que les abría las puertas de la Iglesia y les hacía miembros vivos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo! En sus semblantes se reflejaba la más pura y viva alegría. ¡Eran felices!

Después de comer, la banda dió un concierto en la plaza de María Auxiliadora, y á continuación se cantaron solemnes Vísperas con acompañamiento de harmonium, las letanías y un bonito *Tantum ergo*, terminándose con el que podemos llamar himno nacional de la Misión:

Con el Angel, de María
Las grandezas celebrad; etc.

¡Cuán buena es María! No contenta con la santa alegría que ya reinaba entre nosotros con los preparativos para la fiesta, quiso que aquélla se aumentara y fuera más completa con la llegada de veintitrés indios fueguinos. Once meses hacía que habíamos mandado á dos indios fueguinos, Octavio Bagnasco y León Rodríguez, en busca de salvajes para la Misión, sin que en todo este tiempo recibiéramos noticia alguna de ellos. ¡Pobres indios, decíamos, Dios sabe donde estarán! ¿Les habrán muerto? He dicho muerto, porque en la Tierra del Fuego se caza á los indios como á las bestias feroces. Gracias á Dios, nada de esto les había sucedido.

El primer día de la novena un indio se dirige corriendo á donde yo estaba y me dice:

—*Padre, mi luc cau tierra otro lado.* (Padre, he visto fuego al otro lado del mar).

Alegre por tan fausta noticia, me apresuré á subir á mi cuarto, tomé el antejo y efectivamente, se veían cuatro hogueras algo separadas unas de otras: no había duda, era Octavio que nos llamaba, pues de estas señales se valen los indios para pedir auxilio. Refiero al señor Director cuanto había visto, y al momento mandó preparar la barca y partió para la Tierra del Fuego, pero volvió solo la misma tarde, porque Octavio no tenía allí á su mujer y no quería venir solo. Al oír esto me ofrecí al Superior para volver á la Tierra del Fuego con la goleta *María Auxiliadora*, y habiéndomelo otorgado, cargué media vaca y tres sacos de pan, y partí. A eso de las doce empezó á soplar con tanta furia el viento, que puso en peligro á la goleta: costeamos toda la Tierra del Fuego chilena sin resultado alguno; á eso de las cinco de la mañana descubrimos con el antejo á un indio que caminaba agitado cerca de la playa, seguimos costeando hasta el fin de la Bahía Inútil, y aquí encontramos á muchos indios. Izamos la bandera y nos esforzamos en acercarnos á tierra, pero inútilmente; el ancla no aferraba en nada, por lo que corríamos peligro de estrellarnos contra los escollos. En vista de esto me eché al mar con tres marineros, y con el agua hasta el cuello llegamos á la orilla. Al vernos los indios se prepararon para la defensa, creyendo que les queríamos hacer daño; yo entonces grité á Octavio:

—*Amigo ser tuyo, ole Octavio, capitán ar; vleche harri.* (Soy un amigo tuyo, Octavio; el capitán es hombre de bien; no nos matéis con las flechas).

Apenas Octavio me reconoció, se dirigió á mí todo lleno de alegría, y dispuesto á pasar á la Misión con todos los indios que le acompañaban. Les regalé pañuelos y galletas; les embarcamos, y gracias á Dios llegamos con felicidad á la Misión, á las dos de la madrugada del día siguiente.

Amadísimo Padre: termino notificándole que los indios de la Misión son en la actualidad 400; yo tengo 57 jóvenes á mis inmediatos cuidados, hacen vida de colegio, y unos 25 de ellos están ya bastante instruidos: se acercan á los Santos Sacramentos, y ahora preparo á 10 para la primera Comunión, que recibirán muy pronto.

DÁVAO (Filipinas)

*Expedición por el río Tagum.—Bautizo de la niña Teresa.—
Reunión de los mandayas.—Comercio de esclavos*

Desde Tagum (Dávo) escribe el R. P. Saturnino Urios, de la Compañía de Jesús, al R. P. Pastells, de la misma Compañía:

Muy amado en Cristo reverendo Padre Superior: Embarcado remontando el Tagum, escribo á vuestra reverencia teniendo el pecho más revuelto que un molino.

¡Oh Padre de mi corazón! ¡qué otro campo de blanca mies se nos presenta á la vista! Después de habernos ayer equipado de barotos y práctico en el pueblo de Porcan, dato y pandita de los cuatro moros y medio que viven en el Tagum, hemos llegado á casa de Anon, donde hemos anoche fondeado, no sin tener mi contento en casa de éste, que es el primer mandaya que vive á mitad del Tagum, siendo natural del Salug.

Ahorita mismo, las nueve en punto, dejamos los grupos que forman tres hermanos llamados Saga-an, Pamica y Dindin.

Anoche sentados en el puro suelo, rodeando al P. Vallés y á mí la familia de Anon, tuvimos nuestra hermosa y evangélica expansión, resultando que á las pocas palabras me dice la abuelita de una niña que tenía en su seno la mujer de Anon:

—Padre, pon tú mismo nombre á esa criaturita.

Llámela yo en seguida Teresa, pues que no era el caso para hacerse de rogar, refiriéndome á la de Jesús, que es en mi concepto Santa muy á propósito para mezclarla en los negocios de nuestra conquista. Ella ardía en santo celo, deseando irse á Misiones en aquellos días de su niñez, proponiéndose convertir á griegos y á romanos, á africanos y turcos, extrañándole sin duda á la celestial niña, hubiese en el mundo quien no amase á su amado Jesús.

A fe mía, que allá en la patria, á donde ella pretendía llevarse á todos los mortales hijos de Adán, habría de experimentar, á ser posible, mayor extrañeza, conociendo la realidad de las cosas como son en sí.

Es bueno que á nosotros nos suceda lo mismo, no obstante de no tener ni la centésima parte del conocimiento del cielo que tenía Santa Teresa, no sufriendonos el alma ver estas pobrecitas gentes á oscuras de toda luz, no alcanzándoles nada de su principal fin.

A Santa Teresa, pues, le hemos dado las primicias de nuestra entrada en estas comarcas del Tagum, Salug y Libaganon bautizando y dando su nombre á aque-

lla niña, confiando que su intercesión con Dios nuestro Señor ha de ganarnos para el éxito de nuestros apostólicos trabajos, la gracia divina.

Y en verdad, que penetrando por estos ríos, y en esta misma hora y punto en que le escribo á V. R., por la gracia de Dios está sucediendo el caso de rodearnos los indios cerreros y huraños, metiéndose por todos lados, y voluntaria y espontáneamente siguiendo los datos que encontramos al paso, para tener reunión en un punto, que yo les voy á señalar para edificar pueblo. Y es de saber que actualmente están en completo revoltín, causado por otros sus semejantes, que en desgraciada hora les han arremetido, haciéndoles muertes y cautivándoles á sus hijos y hermanos, llegando nosotros providencialmente á esta coyuntura, en que perseguidos por enemigos, se nos acogen á nuestro alrededor, pidiendo nuestro amparo y protección, sin habernos nosotros ofrecido para nada, guiados ellos por su instinto natural, que conociendo por nuestros modos y maneras que les queremos bien, nos buscan y suplican esperando de nuestra mayor capacidad y fortaleza, que seremos sus protectores.

Otros medios les hubiesen ahuyentado hasta irse al enemigo. Quiero decir que lo más probado y de mejores resultados, tratando con infieles, es demostrarles amor. Todo el mundo desea ser amado, apreciándolo tanto estos benditos, que no se lo puede V. R. pensar, ó mejor diré, como V. R. bien sabe; porque no porque V. R. está ahora de superior general de nuestras Misiones, ha olvidado lo que son infieles y qué medios inspira el celo para tratarles, según V. R. los empleó en la costa del Pacífico con tanto éxito, como nos consta á todos.

Hemos llegado por fin, acompañándonos Panica, Dindin y Sagan, al lugar de Samanan, que tiene cinco casas. ¡Cuánto trabajo para reunir á estos mandayas! Ellos van llegando armados hasta los dientes por temor á los ata-as con quienes están en continua guerra.

A las seis de la tarde se ha verificado la reunión de todos los principales del Tagum, que son mandayas procedentes del río Libaganon, que dejaron por causa de las guerras continuas que sostienen con los ata-as.

Cuando el P. Ricart y yo pasamos por el Tagum, año de 1882, no tenía éste más que á los moros que encontramos nosotros, á media mañana del domingo de Pentecostés, haciendo su pueblo, toda vez que la muerte del morazo Bacudan, perpetrada por fuerza armada del gobierno de Dávo, á la que él hizo resistencia, les había puesto en fuga hasta presentarse al gobernador rendidos y sumisos, aceptando el hacer pueblo en el Tagum.

Ahora está el Tagum á ambos lados de su hermosa ribera muy poblado, tanto que se van á formar, si Dios nos favorece, dos ó tres pueblos. Echando las raíces de uno me encuentro, al escribir esta carta.

La reunión ha sido ruidosa y parecida á las tenidas en el Agusan. Gritar y más gritar á ver quien grita más, porque el tal será siempre el que lleve mas razón.

Les choca mucho el que yo sepa hablar el manobo dibabaon que ellos entienden perfectamente. Como yo gozo de mediana voz, les supero á ellos, dando tanto grito que ya me cuento y tengo por victorioso en todas las objeciones que me ponen.

Ahora es bien que yo le diga á V. R. no llevan razón

los mandayas, quejándose de los desaguisados que les están haciendo los ata-as. Son estos habitantes como el nombre indica de los altos de la montaña, gente dócil que sólo toma las armas para defenderse y tomar revancha de los males que les causan los mandayas, que son muy ladinos como muy relacionados que están años ha, ya con los moros, ya con cristianos viejos; son los que

A cualquiera hora pide uno un esclavo, hombre ó mujer, á los moros, principalmente á los que viven dentro de ríos, que tienen cerca ó no lejos de sí tribus infieles, y lo consigue. Los que los encargan les dicen las condiciones que ha de detener la víctima, de bien parecida si ha de ser niña, y forzado y bien proporcionado si ha de ser hombre. Hasta para llevarlos á Manila y para



MANDCHURIA.—El río de Cha-ling. (Pág. 109)

proporcionan, á petición de los moros, esclavos para cualquiera que los desee. De modo que los de Dávao encargan esclavos á los moros, y éstos excitan á los mandayas para que se hagan con ellos, lo cual consiguen éstos matando y cautivando á los ata-as. Esta es la causa de la continua guerra de mandayas y ata-as: aquéllos provocando á éstos, que, claro está, han de vengarse de los atropellos que injustamente se les hacen, que no son ellos tales que se dejen matar así como así, que cada uno mira por su vida.

Reverendo Padre Superior, esta comarca de Dávao es tal en lo de la esclavitud, que rompe el corazón la trata que aquí se está haciendo con las pobres gentes infieles. Bien y mal acomodados, viejos y nuevos cristianos de Dávao y de las Reducciones, tienen esclavos, adquiridos por compras unos y como pago de casamiento otros. En las haciendas y en las casas y en todas partes encuentra uno esclavos. El filón sale de los infieles tagacaolos, ata-as, manguangas de Saug y Libaganon, y de los manobos de la costa de Culaman, y de la costa opuesta de Seno hasta Pundaguitan, y de los vilanes que viven encima de la cordillera Sudoeste hasta Glan. Apenas si se encuentra un esclavo bagobo ni guianga ni bilan de la isla de Balut. En cambio los moros esclavizan á sus semejantes, compran esclavos, y son los que principalmente andan como traficantes de la odiosa trata de hombres.

tratos poco honestos se han encargado, y los gitanos de los moros los han proporcionado, tal vez teniendo los que les han ido á coger, que matar á los padres del deseado ó codiciado esclavo.

Yo no sosiego pensando en medios, que por la misericordia de Dios nuestro Gobierno los da con sus caritativas leyes, que contra la esclavitud existen. Pero inútiles son ellas hasta tanto no civilizaremos á estas pobres gentes.

Hay ante todo que hacer entrar en carrera á los infieles, hay que poner en pueblos á fuertes y á débiles, y entonces la cosa cambia tanto, que con esto se vendrá la infidelidad al suelo, y con ella la esclavitud, que es su hija predilecta y natural.

En fin, concluyo diciéndole á V. R., que después que en casa de Samianan hayamos ya concluido nuestro público contrato, en orden á fundarse el primer pueblo mandaya, seguiremos adelante, Dios mediante, hasta llegar al Agusan.

OCEANÍA

Las Misiones de Formosa (conclusión)

Ni con la expulsión de los Religiosos y españoles, ni con la dominación del fanático holandés, ni con la del chino supersticioso y lascivo, pudo apagarse la luz del Evangelio que por espacio de die-

ciséis años luciera radiante en la playa de Formosa. Ya habían pasado diecinueve años que no flotaba en sus fortalezas el pabellón español, cuando en 1661 volvió el célebre P. Riccio con la respuesta á la embajada con que á Manila lo enviara el valeroso Kuesing, y arribando por los vientos á Santiago vió que salía (1) de entre los montes una armada y bastante manga de indios con sus arcos y flechas... Preguntaron gritando si había cristianos á bordo, ya en su lengua, ya en chino, ya en español, prosiguiendo que ellos eran cristianos,

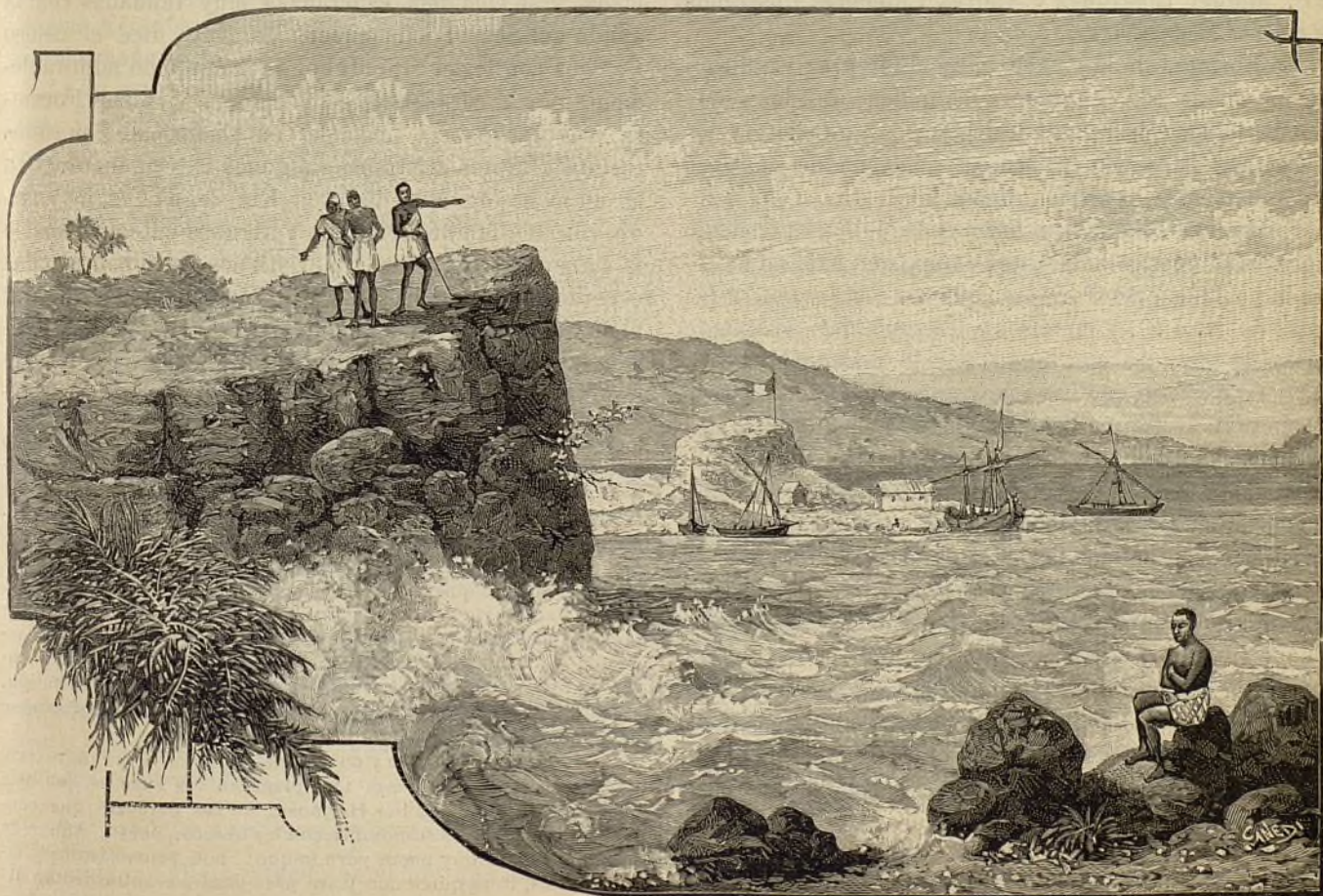
(1) He aquí un paso verdaderamente tierno: «Llegaron estos cristianos á ver al P. Fr. Victorió, y todos se le echaron á los pies llorando amargamente la soledad en que se hallaban, y exagerando su dicha en ver allí un ministro de Dios, tan deseado. Los diez días que se detuvo allí el champán, aderezándolo, que venía muy rendido, estuvo el Padre bien ocupado en la conversión de aquellas gentes, que no se apartaban de él, y cada día venían nuevos á verle. Predicóles, confesó á los que pudo, ya en español, ya en chino. Bautizó muchos niños, que le trajeron sus cristianos padres; y de los adultos no bautizó á todos los que pedían aquel Santo Sacramento, por no hallarlos suficientes de Catecismo y el peligro en que quedaban sin sacerdote de profanarlo con su infidelidad. Pedíanle con hartas lágrimas que se quedase con ellos, que le sustentarian y estarían muy obedientes en cuanto quisiese mandarles. Mas como era fuerza seguir el Padre su comisión en negocio tan importante como el que llevaba entre manos, y lo esperaban también en China sus cristiandades, no pudo por menos de dejarlos con harto sentimiento y confusión de su ánimo. Pidióles se acordasen de encomendarle á Dios y encomendarse unos á otros, y aquella causa que era tan de su Majestad para que por alguno de sus infalibles medios les llevase ministro. Encargóles mucho que fuesen buenos cristianos, devotos de la Virgen Santísima del Rosario, para que perseverasen en la santa fe que una vez profesaron en el bautismo, advirtiéndoles asimismo que criasen bien sus hijos en temor de Dios, y echándoles su bendición se despidieron, acabada la carena del champán, apartándose con hartas lágrimas de ambas partes. (P. Santa Cruz, *part. 2.^a, lib. 2, cap. XXI*).»

y se santiguaban y enseñaban sus rosarios. Estos eran indios de la administración de los Religiosos que tuvieron mientras que estuvieron aquellas tierras sujetas á la corona de España, y aunque dejados sin ministro, se conservan todavía en la fe de Jesucristo, aunque con las imperfecciones que se deja ver... Los indios cristianos se quedaron sin pastores, mas tan bien enseñados de nuestros Religiosos, y sus naturales tan buenos que... perseveran grandes cristiandades enseñándose la ley de Dios de padres á hijos... y bautizándose unos á otros. Guardan los mandamientos, rezan el Rosario... en sus casas, donde tienen sus cruces y estampas de los Santos que les quedaron... mientras Dios se acuerda de enviarles ministros, que hasta que aquella isla vuelva á España ha de ser cosa imposible (1).

No es de admirar que se conservase tan fresca la memoria de los españoles (2), á los veinte años de expulsados de la isla, si se tiene en cuenta lo que á últimos del siglo pasado decía el P. Anunciación, refiriéndose á un Padre jesuíta que había pasado de orden del emperador de China á formar la carta geográfica de las costas de Formosa. «Conoció el dicho Padre á algunos que confesaban un Dios Criador del cielo y tierra; un

(1) P. Santa Cruz, *2.^a part., lib. 2, cap. XXI*. «Aquí se ve la ciega confianza que tenían nuestros Padres en la protección de la bandera española. Afortunadamente se han vuelto á abrir las Misiones á pesar de permanecer la isla bajo el dominio del chino.

(2) «Su Majestad lo haga, añade el P. Santa Cruz después de las palabras acotadas, y mueva los corazones de los poderosos para que vuelvan sobre sí, cosa que será de tanta importancia, y nunca difícil con la ayuda de Dios y por lo menos la gente de toda la isla está adorando el nombre español, y siempre la tendremos de nuestra parte.»



CONGO.—Vista de los alrededores de Landana. (Pág. 107)

Dios en tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Saben que se llamaban Adán el primer hombre y Eva la primera mujer, que por haber desobedecido á su Criador habían atraído sobre sí su ira y sobre sus descendientes; que para borrar esta mancha era necesario el bautismo, pudiera decirse que lo usaban si fuesen inteligentes los intérpretes, que dicen que cuando les nace un hijo, toman agua fría y la derraman sobre su cuerpo... todos estos sentimientos conformes ó en lo que se conforman con nuestra Religión, son precisamente residuos de cuando tuvieron á su cuidado esta isla los Padres Dominicos (1).»

En vista de estas disposiciones, varias veces ha intentado la Religión Dominicana volver á predicar el Evangelio en las playas de Formosa, y por fin después de más de dos siglos de contrariedades y esperanzas ha conseguido el objeto. A invitación del Rmo. P. Orge, comisario apostólico, nuestro antiguo preceptor y actual amigo, el venerable Consejo de provincia de los Padres Dominicos de estas islas, acordó en 14 de Diciembre de 1858 hacer una nueva tentativa, y eligió á los PP. Fr. Fernando Sainz y Fr. José Dutras, para que ayudados del P. Angel Bofuroll, antiguo misionero de China, pasasen á Formosa y reinstalasen la Misión bajo la dependencia de los Vicarios apostólico y provincial de la Misión de Fo-kien. En 17 de Agosto de 1860 se creyó conveniente una vicaría provincial separada de la de China, y al efecto se nombró primer vicario al P. Mariano Antón, quien regresado después á la Misión de Fo-kien, de la que era misionero, fué sustituido por el P. Sainz, en 12 de Diciembre de 1861, que en la actualidad la desempeña, teniendo bajo sus órdenes á los PP. Miguel Lináñez y Andrés Chinchón, ilustrados y celosos compañeros.

La Formosa de hoy es de muy diferentes condiciones de las de 1625: entonces los indios eran los señores de la isla; hoy están relegados al interior, y los chinos que la poseen (2) ocupan una zona de cuatro ó cinco leguas de extensión, desde las costas. «Voy á poner, dice el P. Sainz con fecha 9 de Julio, un cálculo aproximado de los habitantes chinos que existen en toda la población de Formosa, que será de unas 72 leguas de N. á S., y en las 4 ó 5 leguas que solamente pisan de unas 24 que tendrá por lo más ancho de O. á E., fundado en que hay cuatro provincias con un mandarín civil al frente llamado Quan, y una quinta más pequeña que, por privilegio, tiene el rango de provincias. Cada Quan ó provincia tiene 19 mandarinillos llamados Li, y cada Li tiene 18 ó 20 ciudades, se supone pequeñas, que unidas hacen el número de 1,710, si se atiende al primer guarismo, el de 1,900 si al segundo. En la que yo habito, llamada Chen-Kin, una de las más pequeñas, habrá unas 250 familias. Por consiguiente, poniendo por término medio 350 familias en cada ciudad ó pueblo ó como quiera llamarse, resultan, poniendo 6 individuos por familia (me parece que me quedo corto) 3.591,000, ó si se atiende á las 20 ciudades, 3.990,000 individuos.

(1) *Historia Gral. de Filipinas*, tomo 3.º, part. 3.ª, cap. ix.

(2) Definitivamente, como es sabido, han quedado dueños de Formosa los japoneses, á consecuencia de la última guerra entre China y el Japón. (*N. de la R.*)

El interior de la isla está poblado de indios que el misionero llama igorotes, y que en efecto tienen bastantes puntos de contacto con los igorotes de Luzón.

Los caracteres que usan para escribir son evidentemente españoles, si bien hay alguno que otro rasgo chino, y tenemos varios documentos que se pueden leer bastante bien, en algunos de los cuales hemos descifrado algunas pocas palabras: tal vez algún indio ladino de Batanes ó malayo los podría traducir.

Por lo demás, la apertura de la nueva Misión de isla Hermosa no ha carecido de las dificultades que acompañan á este género de empresas (1). «Nuestra Misión hasta ahora, decía el P. Lináñez desde Emuy en carta de 2 Febrero de este año, ha caminado con viento casi de proa; mas ahora el viento va mudándose, y no dudamos que, con la ayuda de Aquel que manda á los vientos y á los mares, dentro de poco aquella navecilla caminará rápidamente sobre un mar tranquilo y á favor de un viento completamente favorable. Tenemos ocho cristianos hijos de aquella isla que cumplen muy bien con los deberes que les impone nuestra santa Religión; hay además no sé si dos ó tres que se están preparando para ser bautizados, y dos familias cristianas que hemos trasladado de China.

«De modo que con los cristianos indígenas, los muchachos de casa y las familias, tenemos una cristiandad de veintitrés individuos. No es el *quantum* lo que debe principalmente alegrarnos, sino el *quale*, y siendo éste tan satisfactorio, motivo tiene V. más que suficiente para no arrepentirse de haber optado por emplear sus trabajos en la viña de Formosa (2).»

Con todo ya comienza á dar fruto la semilla derramada, y se conciben esperanzas muy fundadas con la ayuda del Señor. «La gracia de Dios, dice el celoso P. Sanz con fecha 9 de Julio, va triunfando admirablemente por el corazón de estos chinos. Ya tiene Formosa tres casitas, la principal en Chen-Kin, con unos treinta y tantos cristianos y algunos catecúmenos. Otra en un monte distante de Chen-Kin, legua ó legua y media con una familia cristiana y algunos catecúmenos, y la tercera en Igorotes sin cristianos, pero con muchas esperanzas de tenerlos... El P. Lináñez marchará al monte á concluir de catequizar á los que se han presentado con ánimo de seguir al Crucificado, y á los que de nuevo se presentarán. Yo tan luego como el P. Chin-

(1) Puede aplicarse á los misioneros actuales de Formosa lo que de las primeras decía el Ilmo. Aduarte, *part. 1.ª, lib. 2, capítulo xxxiv*: «Por este tiempo andaban nuestros misioneros en isla Hermosa, en lo más penoso que los ministerios tienen, aprendiendo nueva y extraordinaria lengua (los actuales han tenido además que iniciarse en la china), sin arte ni vocabulario ni otra ayuda de la tierra... Lo que hasta este tiempo los Religiosos aquí habían hecho, todo había sido aprender lengua, hacer algún arte, juntar algunos vocablos: este es el primer paso, ó por mejor decir el reventón del ministerio evangélico; pero es forzoso pasarle... entonces todo es trabajar y reventar sin ver casi fruto de su fatiga, y después es lucirles el trabajo, cuando comienzan á aprovecharse de él los oyentes.»

(2) «A los que con ojos y consideración de carne y sangre (proseguía el mismo autor, *cap. lv*), juzgaren los sucesos que esta provincia ha tenido en isla Hermosa, no les parecerá que conforma para nosotros su nombre con los deseos, pues... han sido los convertidos muy pocos para lo que... nos prometíamos y esperábamos. Pero quien con justo peso pesare el valor de una alma y lo mucho que el Señor la estima, no se persuadirá que han sido caras para la Orden, muchas que de aquella isla se han trasladado al cielo. Aunque hayan costado trabajos muy superiores.»

chón sepa algo de lenguas, pienso marchar á los Igo-rrotes... Los tres cristianos que están con ellos me han notificado, que preguntan mucho por mí, y que el principal y algunos naturales quieren ser cristianos: pero esto no es, como supongo, más que veleidad, sin embargo se les observará... Los cristianos son bastante fervorosos. Tal era el estado de isla Hermosa á las últimas noticias.

MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Segunda parte

I.—ORGANIZACIÓN POLÍTICA

Historia

CUANDO Diego Cam, oficial de marina y gentilhombre de la casa de D. Juan II, rey de Portugal, descubrió en 1484 la embocadura del Zairo, todo el territorio bajo, en ambas orillas, y gran parte de la meseta meridional reconocían el poder de un soberano que residía en la ciudad hoy conocida con el nombre de San Salvador: todos los jefes de los alrededores le pagaban regularmente el tributo.

En el siglo XVI y durante la primera mitad del XVII, todo el país limitado al Norte por el Kuilu formaba todavía parte del imperio del «gran padre» ó *mfuma*, el rey del Congo, á quien llamaban también *Mani Congo*, esto es, señor, dueño, soberano del Congo.

Pero á causa de la considerable extensión de su país, el soberano del Congo se veía obligado á enviar lugartenientes que gobernaban en su nombre las provincias de sus Estados: llamábaseles *muenes* ó *sonas*, virreyes ó gobernadores.

Al fin estos gobernadores se cansaron de ser súbditos. Sea por una conspiración general, sea por rebeliones sucesivas, se revolvieron contra su soberano, sacudieron el yugo de la obediencia que le debían y que le habían jurado, y cada uno en la provincia que gobernaba tomó el nombre de *Mani* ó rey, de suerte que el verdadero rey con dificultad pudo conservarse el centro de sus Estados, que llevaba más especialmente que el resto el nombre de Congo.

Este desmembramiento produjo no pocos reinos y soberanías: así se constituyeron especialmente el reino de Loango y los dos Estados de Kakongo y de Ngoio (1).

El trono en el primero fué electivo, y en los dos últimos hereditario.

Durante muchos años después de esta revolución los reyes del Kakongo y de Ngoio reconocieron el señorío del rey de Loango.

A cada elevación de un príncipe en este último trono acostumbraban rendirle homenaje y pagarle un tributo de algunas mujeres. No acudían personalmente á la corte de Loango, pero enviaban príncipes de la sangre que les representasen.

Rey, príncipes y ministros, jefes de distrito y de pueblo

Landana hállase situado en el antiguo reino de Kakongo.

(1) De estos tres reinos sólo existe hoy día el recuerdo.

Si damos una mirada á este reino en la época de su prosperidad, le vemos dividido en distritos, y éstos subdivididos en pueblos.

A su frente se halla el rey asistido de sus ministros. El rey reside en la capital de sus Estados, llamada Kinguele, situada en el interior, pues le está prohibido al soberano dejarse ver en el litoral.

Esta prohibición, que al pronto parece ridícula, tiene, no obstante, su razón de ser. En la época de la trata, sucedía con frecuencia que los negreros tomaban por esclavos tanto á las gentes que les ofrecían como á los amos que acudían á venderlos, lo que privaban al país de sus jefes y provocaba guerras.

Añadamos que el rey percibe un impuesto, denominado *mukanda*, por cada buque que aborda á las costas de su reino, y que si le fuese permitido venir á la playa, podría darse cuenta de los numerosos fraudes por medio de los cuales la *mukanda* se distrae con frecuencia de su destino.

Por este doble motivo los gangas le han prohibido, lo mismo que á los principales jefes, ver el mar. Esta prohibición la observan estrictamente, pues están convencidos de que morirían si contraviniesen á ella.

Por una costumbre singular, en otro tiempo estaba también prohibido al rey de Kakongo vestir telas de manufactura europea, y tocar objetos procedentes de ultramar, á excepción de armas, metales y trabajos en madera ó marfil. Es de presumir que los primeros legisladores de la nación impusieron esta ley al soberano á fin de retardar el progreso del lujo, y para enseñar al pueblo, por el ejemplo de su rey, á pasarse del extranjero, buscando la satisfacción de sus necesidades en su propia industria.

El gobierno del rey es despótico: la vida y los bienes de sus súbditos le pertenecen: concentra en sí todos los poderes.

Cuando quiere dictar una ley, reúne sus ministros y primeros oficiales, y después de tomar su consejo, les declara su última voluntad, que comunican desde luego á los jefes de distrito. Estos disponen se publique la ley por un heraldo en los mercados que se celebran en todos los pueblos de su mando, y junto con los jefes locales velan por su ejecución.

Los negros no tienen leyes escritas: en defecto de órdenes reales rigen por usos que se conservan por la tradición.

Al rey corresponde el nombramiento para los empleos vacantes: los cargos son venales, y su precio constituye una de las principales rentas de la corona.

El rey, por lo demás, impone las contribuciones que le parecen á sus súbditos y á los extranjeros que se establecen en sus Estados: tales impuestos consisten en especie.

Los indígenas dan á su soberano muestras de respeto rayanas en la adoración. Están persuadidos que su poder es ilimitado en la tierra, y que, como los gangas, tiene suficiente crédito para hacer llover á su voluntad.

A la muerte del soberano suspéndese el cultivo del suelo varios meses en todo el reino.

En Kakongo el trono no pasa á los hijos del rey, sino



ISLA DE LOS PINOS.—Hipogeo de Uamagny. (Pág. 115)

á los hermanos uterinos, y en su defecto á los hijos de sus hermanas uterinas por orden de primogenitura, que son sus herederos presuntos.

El presunto heredero, que tiene el título de *ma kaia* ó *manicaye*, no puede tomar posesión ni instalarse en la capital del reino, Kinguele, hasta que se hayan celebrado los funerales del rey. Entre tanto debe residir en la ciudad de Tandazizi.

Como habitualmente transcurren algunos años entre la muerte del rey y sus funerales, en el intervalo gobierna un regente con el título de Maboma, ó señor del terror, porque tiene derecho de hacerse temer por todo el país.

Hasta el día de los funerales las mujeres del rey difunto deben guardar la más severa continencia so pena de ser quemadas vivas con sus cómplices. Estas viudas, en número á veces de doscientas, esperan el día de la ceremonia para contraer nuevas alianzas.

Los miembros de la familia real tienen el título de príncipes ó princesas.

Los principales ministros son: el *mambuc*, el *mangove*, el *maniputu*, el *makaka*, el *mafuc*, el *ma-kinba*, el *manibanza* y el *mani-belé*.

El *mambuc* es el primer ministro. En el reino de Loango se le designa con el nombre de *capitan-mor*.

El *mangove* es el ministro de Negocios extranjeros y el introductor de los europeos en la corte.

El *maniputu* es, por decirlo así, el subsecretario de Estado del *mangove*, á quien representa en sus ausencias.

El *ma-kaka* es el ministro de la Guerra y al mismo tiempo el generalísimo de los ejércitos. Reune las tropas, les designa oficiales y las dirige al combate.

El *mafuc* es el ministro de Comercio y uno de los primeros personajes del Estado. Hace frecuentes viajes al litoral, donde hay las factorías de los blancos. Tiene obligación de estar al corriente de las condiciones de los cambios entre los europeos y los africanos, y velar para que no se cometan fraudes por una ni otra parte. Tiene á su cargo la policía general de los mercados, y preside al cobro de las contribuciones que se exigen á los extranjeros que comercian en el reino.

Al *ma-kinba* ó *maquimbé* le corresponde el derecho de inspección sobre todos los barqueros, pescadores y cazadores, y á él se dirige el pescado y la caza que se destina al rey: es el gran señor de las aguas y los bosques.

El *mani-banza* ó *monibance* desempeña el oficio de ministro de Hacienda: tiene á su cargo la percepción de los impuestos, y también el pago de los gastos reales.

El *mani belé* ó *manibele* lleva los recados del rey á los jefes. El atributo de esta dignidad es un cuchillo ó *belé* de plata, de dos centímetros de ancho por cuarenta y cinco ó cincuenta de largo, redondo por el extremo, adornado y sin corte.

Estos ministros no tienen oficina como entre nosotros; no saben leer ni escribir. Despachan todos los asuntos, á excepción de los más importantes, en el acto y á medida que se presentan, para no exponerse á olvidarlos.

Sus comisionados son esclavos inteligentes, á quienes envían á los distritos y los pueblos para significar á los funcionarios ó los particulares las órdenes del rey.

En todos los distritos ó provincias hay un jefe ó gobernador que manda en nombre del soberano.

Por último, en cada población hay un jefe llamado *fumu*.

Al primer *fumu* están sujetos los simples *fumus* ó ciudadanos libres, dueños de esclavos.

Al jefe de pueblo le asisten más especialmente los gangas y los ancianos; pero todos los hombres libres participan del poder deliberativo.

Modificaciones

Tal es, ó mejor dicho, tal era la organización política del reino de Kakongo y de los países circunvecinos.

Hoy hállanse todavía todos los nombres de los dignatarios; pero no son más que títulos honoríficos, como entre nosotros los de duque, marqués, conde, vizconde y barón, y su autoridad casi no existe sino en el estado de recuerdo.

Conocida es la historia de las conquistas pacíficas llevadas á cabo durante estos últimos años en esta región del Africa por los exploradores Stanley y Savorgnan de Brazza.

Y es sabido que el Congreso reunido en Berlín á fines de 1884 y principios de 1885 dividió el territorio del Congo entre Francia, Portugal y la Asociación Internacional Africana presidida por S. M. el Rey de Bélgica.

Conforme la decisión del Congreso á Portugal se le adjudicó el distrito de Cabinda, que comprende Landana

na y parte del antiguo reino de Loango, y también la casi totalidad de los reinos de Kakongo y Ngoio.

En virtud de una organización administrativa provisional esta parte de las colonias portuguesas ha sido unida á la provincia de Angola.

Desde 1886 Portugal ha tomado posesión efectiva de esta comarca, estableciendo en Landana una estación militar al mando de un oficial, que, bajo la dependencia del gobernador de Angola, ejerció desde luego todos los poderes como representante de la Corona.

Dicho oficial ha quitado á los indígenas el derecho de vida y muerte, y prohibido bajo severas penas la bárbara prueba de la Kassa.

Hoy el territorio concedido á Portugal constituye, con los territorios de ultra Zairo hasta Ambriz, un distrito especial administrado por un gobernador establecido en Cabinda, capital del distrito. En él reside realmente la autoridad.

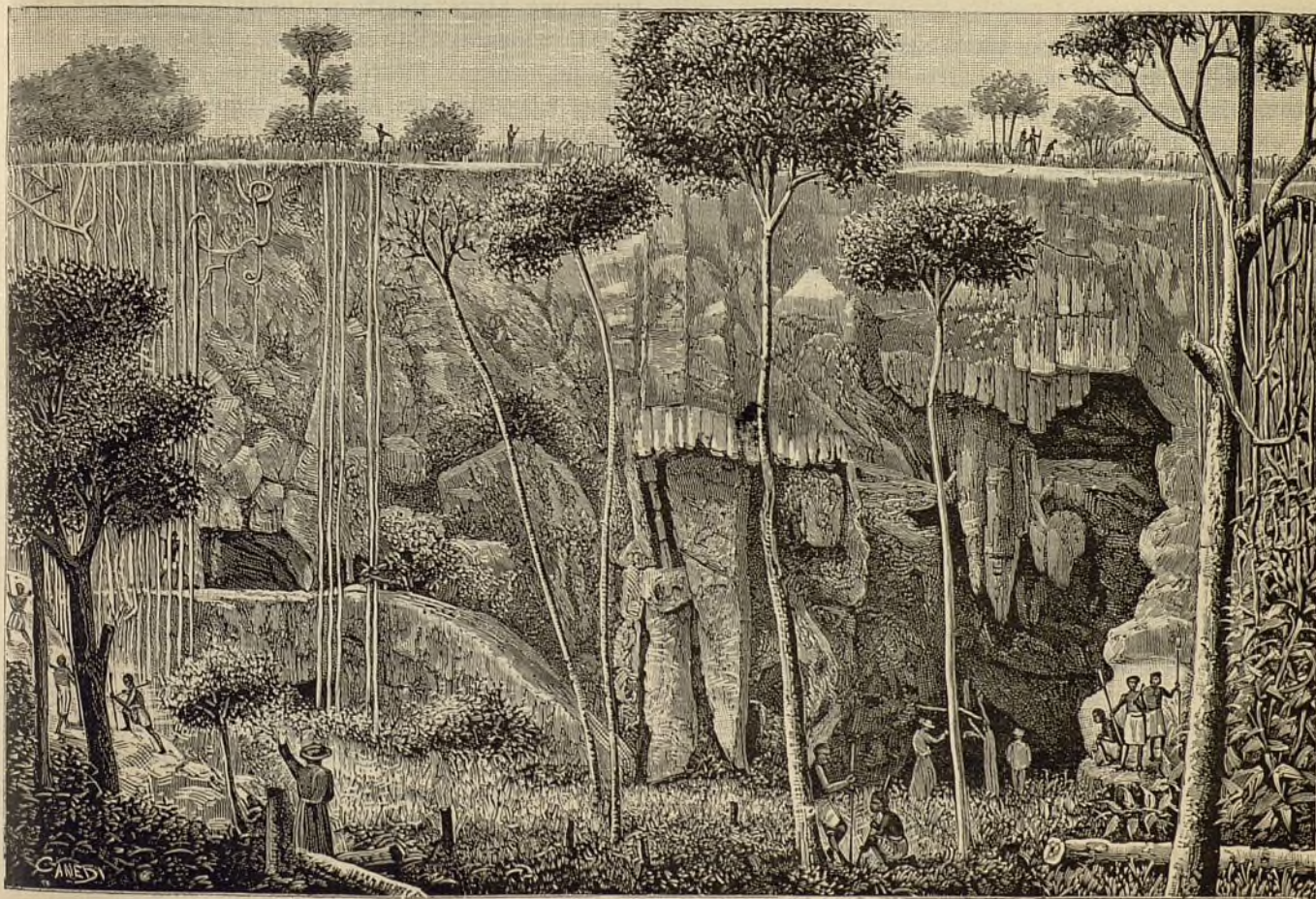
MANDCHURIA Y SIBERIA ORIENTAL

POR EL R. P. ADRIANO LAUNAY, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS

IV

Gobierno. — Lengua. — Religión. — El Catolicismo hasta 1842

PARA terminar estas nociones geográficas sobre Mandchuria, digamos algunas palabras del gobierno, la lengua y la religión, ó más bien de las religiones, pues los habitantes distan mucho de estar



ISLA DE LOS PINOS. — Hipogeo de Tupu. (Pág. 115)

unidos en un mismo culto al Dios verdadero y tres veces santo.

La gobernación de Mandchuria está confiada exclusivamente á mandchúes, siendo el jefe un dignatario civil residente en Mukden: este funcionario tiene bajo su dirección cinco ministerios, cuyas atribuciones corresponden exactamente á la de los grandes departamentos del imperio, y tres virreyes, al mismo tiempo generales, administradores de las provincias. Ejercido en el Leao-tong por autoridades civiles y militares, el poder es puramente militar en las provincias de Ghirin y Tsi-tsi-kar.

Las sesenta y cinco tribus mandchúes, únicas supervivientes del pueblo conquistador, están actualmente repartidas en ocho clases llamadas «banderas,» cada una de las cuales tiene sus tribunales, sus escuelas y su sacerdote.

La población, según su bandera, está distribuída en grupos de aldeas formando verdaderas colonias militares, cada una con su familia, ó bien en cuarteles. Los guerreros mandchúes, que en 1883 no tenían aún otras armas que el arco y la flecha, son más propios para la caza que para las expediciones estratégicas.

No obstante, han hecho ya algunos progresos, como lo demostraron en Tunkin, y puede que Europa, que ha sido su maestra, se arrepienta algún día de haberles facilitado sus armas y su ciencia.

En todo caso, transcurrirán muchos años antes de que se realice este temor ó esta previsión, y los japoneses no ha mucho demostraron que los celestes, aunque tengan armas y buques perfeccionados, no han aprendido aún la manera práctica de utilizarlos.

La lengua mandchúa ó tártara es muy poco usada, pues siendo china la mayor parte de la población, y frecuentísimas las relaciones comerciales y militares con los chinos, todos los habitantes hablan la lengua del celeste imperio, y aquélla probablemente hubiera ya desaparecido como idioma escrito, si no fuese estudiada de una manera especial á causa del origen de la imperial familia: así es que se la considera clásica en el imperio, y los candidatos á los puestos eminentes del Estado están obligados á aprenderla, lo mismo que los sabios que se dedican al estudio de la historia y literatura chinas.

El mandchú pertenece á la familia de las lenguas tungusas y es, por consiguiente, lengua aglutinativa: distingue por la regularidad de sus formas gramaticales.

Los mandchúes, como los mongoles, desde fines del siglo XVI han adoptado un alfabeto cuales caracteres se dibujan por el modelo siriaco: escriben de arriba á bajo y de izquierda á derecha como en la escritura mongola y árabe, cada sonido está figurado de un modo diferente, según se encuentre al principio, al medio ó al fin de la palabra.

Debemos hablar ahora de las religiones practicadas por los habitantes de Mandchuria, toda vez que este punto es el que más preocupa al misionero, venido para anunciar y glorificar el nombre de Jesucristo, destruyendo el Paganismo y la superstición.

El Budhismo, debido á la inmigración china, cuenta con el mayor número de adherentes; no se distingue mucho del practicado en el imperio del Medio, aunque algunos adviertan cierta mezcla de ritos lamaitas.

El Mahometismo está muy extendido. Los musulmanes forman en ciertos puntos la tercera parte de la población: habitan por lo común en villas ó barrios separados, y constituyen verdaderos clans, que aun siendo de raza china, no se mezclan con sus compatriotas.

Las tribus tungusas y mandchúas nómadas honran el cielo, los antepasados, los genios de las montañas y los ríos, y temen á los espíritus malos; especie de maniqueísmo pagano, sazonado de metempsicosis.

En calidad de Dios supremo, el cielo no tiene pagoda. Los Pielas de pescado le hacen cada año uno ó dos sacrificios; inmolan bueyes á la sombra de un árbol que le está dedicado, y en el cual suspenden los huesos de la víctima.

Después del cielo vienen los dioses de las montañas y los ríos, el tigre y el dragón. Cada familia tiene para honrarles dos pagodas, chocillas de tierra ó madera al estilo chino, en el fondo de las cuales hay la imagen de un ídolo horrible con tigre y dragón, rodeado de inscripciones chinescas: ponen mezclados instrumentos y adornos de madera, papel y hierro para las ofrendas, y aún una campana. Cada una de estas pagodas tiene la puerta en dirección de su dios: una hacia el río, y otra hacia las montañas.

Los tártaros tributan á sus antepasados un culto casi cotidiano: tienen en la casa una especie de altar: lo forma una cajita abierta por delante y que fijan en la pared occidental sobre la ventana: ponen en ella pedacitos de madera ó hierro que representan á los antepasados, y arrodillados al pie, queman incienso y hacen libaciones.

Esta veneración por los difuntos comienza inmediatamente después de la muerte.

En la ancha concavidad que sirve de lecho, en el lugar recientemente ocupado por aquel que ya no existe, ponen un cobertor doblado, una almohada, y si era varón añaden un sombrero. Cada mañana ofréncenle alimento, le encienden la pipa, y por la noche le disponen la cama como si debiese venir á ocuparla.

Al cabo de algunos días ó semanas, según el afecto y la devoción de los parientes, despiden solemnemente al difunto, y termina la ceremonia con un festín que debe verificarse bajo una tienda.

Ocioso es añadir que en todas estas circunstancias los hechiceros desempeñan importante papel.

Llámanles asimismo para los casamientos. Los esposos se arrodillan en medio de una sala, y el hechicero, teniendo en una mano tres ó cuatro cañas atadas con una cinta roja, y en otra una taza de vino, se coloca á su lado: por tres veces dirige una invocación á los antepasados derramando algunas gotas de vino con el dedo, y luego arroja las cañas contra dos barras de madera que cruzan la casa.

Los espíritus malos son considerados como el origen

de todas las desdichas. Cuando alguien enferma es porque le atormenta Posinko (el espíritu), y en seguida llaman á un brujo que grita, gesticula, hace chocar unas contra otras todas las estatuillas de hierro colgadas de la cintura, y golpea cadenciosamente el tambor.

Remedio es éste capaz de matar cuatro hombres en vez de sanar uno.

El Catolicismo ha germinado muy tarde en el suelo manchú. Predicado á los mongoles en el siglo XIV por los discípulos de San Francisco de Asís, el más afortunado de los cuales fué Juan de Montecorvino, contó prosélitos en Tartaria y en China. Un arzobispado, erigido en Pekin con siete sedes sufragáneas, comprendió la Mandchuria.

Las guerras civiles y extranjeras fueron causa de que desapareciesen los primeros resultados obtenidos, y sólo al llegar los misioneros Jesuítas, en el siglo XVII, vuelven á encontrarse cristianos en Pekin y en algunas provincias del imperio.

¿Los había entonces en la Mandchuria? Sin duda, pero muy pocos. Al acompañar al emperador á Mukden para visitar las tumbas de sus antepasados, ó en sus expediciones geográficas, los Jesuítas no descuidaban hablar de Dios á los pueblos: además, muchos de sus neófitos de la corte y de la ciudad tenían sus familias en Leao-tong.

En 1696 Mandchuria formó parte de la diócesis de Pekin, creada por el Sumo Pontífice Inocencio XII, y puesta bajo el patronato de Portugal.

Treinta años más tarde los misioneros portugueses de Pekin enviaron al Leao-tong un sacerdote chino, y desde entonces faltan noticias sobre expediciones apostólicas subsiguientes.

La Mandchuria, sin embargo, no quedó olvidada, puesto que 1778 los últimos Jesuítas de Pekin pidieron á Roma erigiese para su Misión francesa un obispado en Mukden, y en 1787 el Ilmo. Govea hacía visitar las estaciones de Leao-tong, que aumentaron con los cristianos fugitivos durante las persecuciones de 1796, 1805 y 1815.

En 1819 un sacerdote chino, Tchen, nacido en Leao-tong, tuvo el honor de dar la vida por Jesucristo, á quien había predicado valerosamente.

Preso y conducido ante los tribunales, negóse á apostatar, por lo que le abofetearon con una gruesa suela y le arrancaron la piel de las sienes, teniéndole prolongadas horas de rodillas sobre cadenas de hierro, mientras los verdugos le golpeaban la planta de los pies.

A las órdenes reiteradas de que apostatase, y á las preguntas sobre los fieles y los misioneros europeos, el mártir contestaba:

—No puedo deciros sino la verdad. Soy cristiano, haced de mí lo que os plazca.

Después de una sesión en que la crueldad de los verdugos se ejerció con mayor encarnizamiento, Tchen, visitado y consolado por Mey, otro sacerdote laociano, entregó su alma á Dios.

La muerte del intrépido confesor era una gloria para Mandchuria, pero la privaba de un obrero más que nunca necesario en aquella época, en que la escasez de mi-

sioneros era tan grande, y tan malévolas las disposiciones de los mandarines. En 1826, en efecto, Pekin no contaba ningún Lazarista francés, y sólo tres sacerdotes portugueses.

Estos últimos creyeron consolidar su situación pidiendo permiso para partir, esperando que se les retendría; pero no fué así, y tuvieron que retirarse.

Por abnegación el Ilmo. Pérez, obispo de Nankin y administrador de la diócesis de Pekin, quedóse con algunos sacerdotes chinos, entre otros los RR. Sué y Han, que en breve tuvieron que refugiarse en Mongolia.

En 1830 un lazarista portugués, el R. Castro, fué enviado á Pekin, y se ocupó de la provincia de Leao-tong, pero no de las de Ghirin y Tsi-tsi-kar.

Fácilmente se comprende que los cristianos de aquellas comarcas, entregados á sí mismos, rodeados de paganos, descuidaran con harta frecuencia sus deberes religiosos.

En estas circunstancias Gregorio XVI erigió la Mandchuria en vicariato apostólico, y la encomendó al R. Manuel Verrolles, misionero en el Su-tchuen desde el año 1831.

El nuevo elegido fué consagrado obispo el 8 de Noviembre, y tres días después alquiló una carreta china y emprendió el viaje; tenía que recorrer cuatrocientas leguas por las provincias del Chen-si, Chan-si y Mongolia, comarca donde el frío es á veces tan extremado que el termómetro desciende á 30 y más grados bajo cero.

El 30 de Noviembre pasó la Gran Muralla, y permaneció en Siwan (Tartaria) hasta el 24 de Marzo de 1841. En esta fecha partió para Yan-kuan, cristiandad del Sur de Leao-tong, donde empezó á conocer la grey encomendada á su pastoral solicitud.

Los fieles eran en número de 3,619, dispersos desde Pa-kia-tse al Norte, los Pinos (Song-chu-tsu-tse) al Oeste y Tcha-keo al Sur. No eran por cierto fervientes y animosos. El fervor y la intrepidez son como todas las virtudes: para vivir deben ejercitarse; y desde muchos años los católicos de Mandchuria tenían la costumbre de temblar á la primera amenaza de un mandarín de cuarta ó quinta clase, no salían de sus casas ó emigraban á otro pueblo, no atreviéndose á practicar su Religión sino en secreto: no hablaban de ella á nadie, y guardábanse muy bien de hacer prosélitos.

La presencia de un misionero europeo, de un Obispo, aumentó sus terrores.

Compadeciéndose de su debilidad el Ilmo. Verrolles, al cabo de algunas semanas de permanencia en Yang-Kuan partió para las otras cristiandades del Sur, que visitó sucesivamente.

Durante cinco ó seis meses llevó la vida pobre y ruda del misionero en campaña, viajando á caballo, en carreta y á pie.

Pronto le enviaron de Francia un colaborador, el R. de la Brunière: este misionero, hijo de una rica familia parisense, habiendo estudiado medicina, sintióse llamado por Dios al apostolado, y en vez de ingresar en el Seminario de San Sulpicio, como desaban su familia y su tío el Obispo de Mende, prefirió el de las Misiones Extranjeras, y menospreciando, el brillante porvenir

que le prometían sus cualidades, su virtud, piedad, talento, rara capacidad y posición social, fué á sepultarse en Mandchuria para compartir las penas, cruces, contradicciones sin número, angustias y trabajos del vicario apostólico Ilmo. Verrolles.

FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

XII

Martirio del Ilmo. Berneux y sus compañeros
(1866)

A FINES de 1861 murió el joven rey Tsiel-Tsong, después de un reinado de catorce años. Su muerte fué sentida por los misioneros y cristianos, pues no había dictado ningún decreto de persecución. Su sucesor fué un niño de diez años, hijo de un príncipe coreano.

Tchoi, viuda del rey, que había hecho morir al ilustrísimo Imbert y sus compañeros, se apoderó audazmente del sello real, insignia del poder supremo; tomó el título de regente, desembarazóse prontamente de los antiguos ministros Kim, y llamó en su lugar á sus enemigos, que le eran adictos.

Esta nueva corte inspiraba poca confianza á los misioneros: sin embargo, transcurrieron algunos años sin que graves sucesos entorpeciesen su apostolado.

En 1865 se enviaron al Ilmo. Berneux preciosos auxiliares, los reverendos Simón Benfer, de la diócesis de Dijón, Bernardo Beaulieu, de la de Burdeos; Pedro Doria, de la de Luzón, y Lucas Martín, de la de Langres, que habían salido del Seminario de las Misiones Extranjeras de París el 15 de Julio de 1864, y que después de pasar algunos meses en Mandchuria, desembarcaron felizmente en Corea.

En Diciembre el ilustrísimo Berneux partió para las provincias del Norte, y en pocas semanas bautizó más de ochocientos adultos. Este consuelo tuvo su contrapeso. Un mandarin de la provincia de Hoang-hai, enemigo encarnizado de los cristianos, hizo prender á todos los de su distrito, y los atormentó tan cruelmente que muchos murieron á la

violencia de los golpes, y otros quedaron lisiados por el resto de sus días.

En el Sudeste, menos pacientes, los fieles rechazaron las violencias con la fuerza. Por desdicha un mandarin se mezcló en la contienda, y habiendo preso á dos cristianos que perseguían á los malhechores, mandó darles tormento, y los envió al gobernador de la provincia, quien les hizo estrangular en la prisión.

Los antiguos fieles, que recordaban la persecución de 1839, empezaron á temer se repitiesen aquellos desmanes: en efecto, no se equivocaron, pues el demonio quiso intentar un supremo esfuerzo, y los perseguidores juraron aniquilar el nombre cristiano en Corea.

El Regente, cediendo á las instancias de sus ministros, firmó el decreto de muerte de todos los Obispos y sacerdotes europeos, y dispuso se pusiesen en vigor las antiguas leyes de persecución.

Pocos días después en un espacioso patio del tribunal se estrechaba la multitud para asistir á un juicio que excitaba viva curiosidad.

En el centro de este patio, y en una especie de silla grosera, sólidamente fija en el suelo, estaba sentado un venerable anciano de cabellos canos y lengua barba. Su holgado pantalón dejaba ver sus piernas desnudas y sujetas con cordeles.

Otra cuerda le fijaba brazos y hombros en el respaldo de la silla, de suerte que le imposibilitaba todo movimiento. A sus lados había doble hilera de verdugos con los instrumentos de suplicio, mientras los soldados impedían que se acercasen los curiosos.

Los satélites hacían á intervalos un ruido sordo y cadencioso para apagar las palabras y los gritos que el dolor pudiese arrancar al paciente. Mas éste, impasible, miraba noblemente á sus verdugos, y en vez de implorar su clemencia, les amenazaba con la cólera del gran Rey del cielo que juzgará un día á los jueces de la tierra.

Este hombre á quien así se torturaba era el venerable vicario apostólico de Corea, ilustrísimo Berneux.

—¿Cuál es vuestro nombre? le preguntó el juez.

—Tjiang (nombre coreano del Ilmo. Berneux).

—¿Para qué habéis venido á este país?

—Para salvar las almas.

—Si os arrojamus de nuestra nación, y os ponemos



JAPÓN.—Una bonza. (Pág. 119)

en libertad, pero con orden de no volver, ¿obedeceréis?

—Si me sacáis á la fuerza, no habrá más remedio; pero voluntariamente, nunca.

—Esta respuesta significa que no queréis salir de Corea.

—Como queráis: me hallo en vuestras manos, y estoy pronto á morir.

—¿De qué país sois?

—De Francia.

—¿Cómo vinisteis á Corea.

—En barca.

—¿Cuántas personas habéis instruído?

—Muchas.

—¿Dónde viven?

—En todas partes.

—Apostatad.

—He venido á predicar la Religión que salva á las almas, ¿y quisierais que renegase de ella?

—Si no obedecéis se os torturará.

—Como os plazca: basta de preguntas inútiles.

Al momento los verdugos golpearon al Obispo en las piernas, y le hirieron en todo el cuerpo, principalmente en los costados, con palos puntiagudos. A la violencia de los golpes, pronto quedaron al descubierto los huesos de las piernas, y todo su cuerpo fué una llaga. Luego le envolvieron con papel aceitado y volviéronlo á la prisión.

Esta horrible escena renovóse el día siguiente; quedando el Prelado tan débil que apenas se le oía la voz. Conservó constantemente, sin embargo, su aspecto lleno de santidad.

Por último se le condenó á muerte. Después de diferentes suplicios debía cortársele la cabeza.

¿Cuáles fueron estos suplicios? Se ignora. Lo único que se sabe es que á causa de su alta dignidad el ilustrísimo Berneux fué atormentado con mayor crueldad que sus compañeros.

A su vez fueron torturados los RR. Dorie, Beaulieu y Bretennières, particularmente este último.

El 8 de Marzo cuatrocientos soldados condujeron á los presos al lugar del suplicio. La multitud, que se agolpaba para contemplar á los *grandes criminales* de Occidente, no les escaseaba los insultos: los mártires, empeor conservaron la calma en medio de los clamores del populacho, y rogaban por sus verdugos.

Los soldados se dirigieron á la orilla del río, á cier-

ta distancia de la ciudad. Allí los despojaron de sus vestiduras, á excepción de los calzoncillos.

El Ilmo. Berneux fué llamado primero. Sujetáronle los brazos á la espalda, de suerte que no pudiese moverlos. Un verdugo juntó las dos extremidades de cada oreja, y las atravesó con el hierro de una flecha, que

dejó suspendida de arriba abajo en la llaga. Otro le echó agua al rostro, y luego un puñado de cal en polvo. Pasando acto continuo dos palos por debajo del brazo, le pasearon dando ocho vueltas en torno de la asamblea.

Luego le hicieron poner de rodillas, la cabeza inclinada hacia adelante y los cabellos atados á una cuerda que tenía uno de los verdugos.

Así preparado, seis de éstos, armados cada uno con un largo cuchillo, que blandían dando alaridos, ejecutaron una especie de danza guerrera y salvaje, descargando golpes sobre el cuello de mártir hasta que su cabeza rodó por la arena. Un verdugo la presentó en una tablita al mandarín, y luego la colgó por los cabellos á un poste.

De la misma suerte

consumaron su glorioso martirio, primero el R. Bretennières, y luego los RR. Beaulieu y Dorie.

Durante tres días quedaron expuestos los cuerpos, y luego los enterraron juntos en una misma fosa. Sólo al cabo de seis meses los cristianos de la capital, arrostrando no pocos peligros, pudieron sepultar á sus pastores en lugar más conveniente.

El Ilmo. Simón Berneux contaba á la sazón cincuenta y dos años, y había pasado diez en Corea, que ilustró con sus virtudes y talento. Los rápidos progresos de la Religión atestiguan su celo apostólico. Había fundado una imprenta, por medio de la cual propagaba á millares los buenos libros. El clero indígena, obra delicada y difícil, fué objeto de su solicitud, y anhelaba imponer las manos á jóvenes clérigos á quienes formaban, en el secreto de los bosques, los RR. Pourthié y Petitnicolas.

Había instalado en la capital un colegio para la educación de los jóvenes. Su ciencia teológica era profunda, y sus conocimientos variados.

El R. Feron, uno de los misioneros de Corea que escaparon de la persecución de 1866, escribe:



JAPÓN.—Escena de familia en Kesennuma. (Pág. 119)

«El Ilmo. Berneux tenía el distrito más vasto; era el consultor universal y el procurador de la Misión; dedicaba mucho tiempo á la oración, lo que no le impedía atender debidamente á sus deberes pastorales.

«Su alimento, cuando vivía solo, se reducía á un poco de arroz y legumbres. En sus últimos años se privó del uso del vino. Nunca aparecían en su mesa la carne, el pescado ni siquiera los huevos, á no ser cuando recibía á alguno de nosotros, que entonces se esforzaba por tratar bien á su huésped; y él, que nunca comía pan, pues los coreanos no lo hacen, se complacía en amasar por sí mismo y cocer algunos panes, para obsequiar á sus compañeros de apostolado.»

EN LA COSTA DE ORO

(AFRICA OCCIDENTAL)

DIARIO DEL R. P. GALLAUD

I.—De Marsella á Elmina

EL día 18 de Septiembre de 1883 otros dos misioneros y yo partimos de Marsella para el Africa. El día siguiente navegamos á la vista de España, y saludamos conmovidos el país de San Francisco Javier y de San Pedro Claver. Hasta Gibraltar el mar estuvo en calma. Grande fué mi decepción á la vista de este célebre peñón, que siempre había oído ponderar como una maravilla. Puede que sea la posición más fuerte del mundo, lo que es de la competencia de los ingenieros militares; pero ciertamente es menos imponente que el peñasco de Crussol, que se levanta á la derecha del Ródano, frente de Valence. Pasado Gibraltar empezamos á sentir el mareo, mal poco inferior á una calentura de primera clase y que nos molestó hasta llegar á Freetown, en Sierra Leona.

Debíamos aguardar en Freetown la llegada de un buque inglés, y aprovechamos nuestra permanencia en esta ciudad para ir á orar ante el sepulcro de los primeros misioneros de la Sociedad de las Misiones Africanas. Allí murieron hace treinta y cinco años el ilustrísimo Marión-Brésillac y sus compañeros.

Recibíonos con los brazos abiertos el patriarca de los misioneros de esta parte del Africa, el excelente Padre Blanchet. Maravilla que haya podido permanecer tanto tiempo en la Costa, cuando casi todos los otros Padres mueren al poco tiempo. El primer año tuvo calenturas cada ocho días, y también fué atacado por la fiebre amarilla. No obstante, permanece todavía en su puesto lleno de celo y de vigor.

Al desembarcar en Freetown me llamaron la atención los vestidos de los naturales. Para nosotros, acostumbrados á los trajes europeos, de colores más ó menos lúgubres, es un espectáculo curioso el que ofrecen los indígenas en las principales ciudades de la Costa con sus ropas de colores chillones. Una pieza de tela azul, roja ó verde envolviendo el cuerpo en anchos pliegues, es más elegante y vistoso que las prendas ajustadas que se usan en los países europeos. Recuerdo muy bien que al desembarcar en Marsella después de una permanencia de tres años en la Costa de Oro los vestidos de los hombres, y especialmente los de las mujeres, me parecieron sobremanera ridículos.

Debo añadir, sin embargo, que en Freetown, al lado de personas elegantemente vestidas, veíanse á trechos por las calles niños sin más traje que el de San Juan Bautista en ciertas pinturas.

En los cuatro días que permanecemos en la ciudad pudimos convencernos de que el país es caluroso y fresco á la vez, pues si bien el sol nos abrasaba con sus fuegos, los corpulentos árboles cubiertos de hojas verdes y los gárrulos riachuelos, de márgenes en algunos puntos floridas, nos hicieron casi olvidar que estábamos en Octubre.

El buque inglés nos llamó con su rudo silbato, y así despidiéndonos de los buenos Padres que nos habían recibido tan cordialmente, volvimos á embarcarnos.

Un buen recuerdo conservo de Sierra Leona, y es la excelencia de sus aguas. Esto no es poco, especialmente tratándose de la costa de Africa, donde siendo casi siempre aquéllas detestables, el régimen del agua pura ocasiona fatalmente la disentería.

Con frecuencia nos deteníamos en la Costa para embarcar krumanos. Un cañonazo advertía la llegada del buque, y luego el mar se cubría de piraguas, tripuladas por vigorosos negros, que traían á bordo á sus hermanos ó amigos que van al Golfo de Guinea, donde se les emplea en las factorías como peones. En la Costa de Oro muchos trabajan en las minas auríferas. Son excelentes obreros, que bajo un clima enervante, despliegan notable energía. Generalmente de buena talla, hacen olvidar las piernas de huso de los sierraleoneses.

La tierra que costeábamos era baja por demás, y según todas las apariencias muy malsana. Cierta mañana al levantarnos vimos una linda ciudad coronada por un bosque en forma de anfiteatro. Dos ó tres peñascos cubiertos de verdor se internan en el mar. Estábamos en frente de Axim. El pabellón inglés flotaba al soplo de la brisa en una especie de castillo.

Henos ya en la Costa de Oro, no lejos del punto de mi destino. Desembarcamos para saludar á uno de los Padres, quien por ciertos asuntos tenía que presentarse en Elmina, y vino con nosotros.

El día siguiente llegamos á Elmina.

Vista desde el mar, la ciudad presenta magnífico aspecto. El fuerte de San Jorge (*V. el grabado de la pág. 116*), edificado en una peña, se adelanta hacia el mar. Algo atrás el fuerte de Santiago, que sirve de cárcel, domina, desde lo alto de la colina, la ciudad diseminada en torno suyo. Estos dos monumentos muestran desde lejos sus muros blanqueados, que brillan al sol en medio del verdor de paletuvios, cocoteros y algoderos enormes, y de los arbustos que adornan las alturas. Estas, ninguna de las cuales excede quizá de cuarenta metros, aumentan considerablemente por una ilusión óptica que repetidas veces he experimentado en la Costa.

La emoción nos embarga. Saltamos á un barquichuelo, y pocos minutos después desembarcábamos en un muelle, un verdadero muelle, al que se sube por tres ó cuatro escalones.

Al momento nos vimos rodeados de un centenar de

hombres ó muchachos, más ó menos vestidos, pero al parecer contentos y satisfechos. Distribuídorápidamente el equipaje á los primeros que se ofrecieron, nos dirigimos hacia la Misión, precedidos y seguidos de una multitud que no cesaba de darnos la bienvenida.

Teníamos prisa de llegar para celebrar la Misa.

Encontramos al P. Legeay que acababa de terminar la suya, la primera que podía celebrar desde algún tiempo: había estado gravemente enfermo, y apenas verle. Ocho meses antes había salido de Francia ardiente como un león y fuerte como un turco; mas ahora sólo le quedaba su indomable voluntad. Su vigor no era más que una sombra del que tenía en Europa. Algunos meses de vivir en la Costa habían sido más que suficientes para quebrantarle.

El mismo día mis dos compañeros de viaje prosiguieron su ruta. Uno de ellos estaba destinado á Dahomey y el otro á Benín.

Nosotros fuimos á visitar la ciudad, no olvidando proveernos de un parasol, pues de lo contrario una insolación daría en pocos días buena cuenta de nosotros. Aquí no se comete impunemente una imprudencia.

LOS HIPOGEOS DE LA ISLA DE LOS PINOS

(NUEVA CALEDONIA)

ESTUDIO DE ARQUEOLOGÍA PAGANA

POR EL P. LAMBERT, DE LA SOCIEDAD DE MARÍA

III

Hipogeos de Uamagni y de Tupu.—Otros hipogeos

La gruta de Uamagni merece ser visitada: podemos entrar en ella sin temor, pues ningún peligro nos amenaza, y aún se han quitado los restos mortales depositados allí en otro tiempo.

Abandonado el gran camino circular de la isla, después de atravesar algunas malezas nos hallamos frente la entrada de este hipogeo. (*V. el grabado, pág. 108*).

En esta entrada hay numerosas estalactitas de formas variadas, que imponen y encantan á la vez al visitante. La obscuridad que allí reina promete misterios, que atraen irresistiblemente. Entrase á pie llano, y admírase desde luego un gracioso riachuelo, que después de cruzar una planicie, corre suavemente por las arenas de la gruta, y va á perderse en las grietas del fondo.

Demos algunos pasos más, y henos al parecer bajo la bóveda de una vasta iglesia, esculpida sin finura, pero no sin originalidad. Tras un buen trecho á oscuras, un fragmento de bóveda hundido da paso á un rayo de luz que permite escudriñar los rincones de este vasto monumento de la naturaleza.

En otro tiempo fué lugar sagrado, un hipogeo muy venerado por las familias que eran sus propietarias. En los alrededores veíanse varios lugares para los sacrificios. Estos cementerios han sido devastados por los extranjeros avecindados en la isla, que los han convertido en lugar de diversión. En efecto, hoy la gruta de Uamagni es objeto de paseo para el viajero que visita las curiosidades de la isla. Bajo estas bóvedas y á ori-

llas del riachuelo se han puesto algunas mesas, donde con algunas provisiones se puede pasar alegremente el día.

Los hipogeos de nuestros antiguos paganos estaban ordinariamente ocultos y á veces muy internados en los bosques. Tal la gruta de Tupu, situada á cuatro ó cinco kilómetros de la población. No siendo ya visitada sino por los individuos de la familia, que son ahora nuestros neófitos, con dificultad puede darse con ella. Henos en fin frente de un muro que se eleva perpendicularmente hasta la altura de ocho ó nueve metros. La mano del hombre para nada ha intervenido en esta construcción; toda es obra exclusiva de la naturaleza. Vista exteriormente, podría comparársela á una antigua fortaleza mutilada por el tiempo ó desmantelada por el enemigo: corónanla helechos y arbustos siempre verdes, y sus rendijas están cubiertas de moho.

Al lado izquierdo aparece como cercado por las ramas adventicias de un baniano, que descienden bastante espesas. A derecha mimosas entrelazadas con las ramas de los árboles caen graciosamente hasta el suelo. Al frente hay espesas matas que hemos tenido que arrancar en parte para que el artista pudiese hacer nuestro dibujo. (*V. en la pág. 109*).

A la izquierda de éste vemos indígenas que suben por un sendero más ó menos practicable. Sigámoslo con el pensamiento, y llegaremos á la entrada de un aposento alto. Andando por un corredor estrecho y nada cómodo, pasamos una abertura más estrecha aún, y henos por fin en la pieza principal. ¡Qué sorpresa! ¡qué asombro!... nadie se atreve á hablar: de súbito hállase uno enteramente rodeado de osamentas humanas. El último muerto que se depositó allí tiene la parte inferior del cuerpo enteramente momificada.

Es aquello un cementerio, muy cuidado en otro tiempo por los evocadores de la familia, como lo prueban los numerosos palitos que en exvoto cuelgan de las paredes. El más largo, curiosamente esculpido, se fijó allí para obtener de los antepasados poder y autoridad en favor del gran jefe de la isla. A corta distancia de la gruta hemos descubierto la piedra cortada en jade que los evocadores hacían rodar en sus manos para causar la muerte á un enemigo. Este hipogeo se halla en los bosques, al Norte de la isla.

Al Sur de la misma vese todavía otro hipogeo notable. Bájase á él como á una cueva, siempre antorcha en mano, para visitar sus corredores y vastos aposentos. Este cementerio recibía en otro tiempo los difuntos de la familia Ti Verkugni. En él hicieron excavaciones los deportados durante su permanencia en la isla de los Pinos.

Existe además gran número de hipogeos que, aunque menos espaciosos, no por eso son menos sagrados para los indígenas. Algunos están ya cerrados y abandonados, sea por extinción de la familia, sea porque á ésta le ha parecido bien cambiar el domicilio de sus muertos, lo que ocurre raras veces. Visitemos algunos de ellos con nuestros experimentados guías.

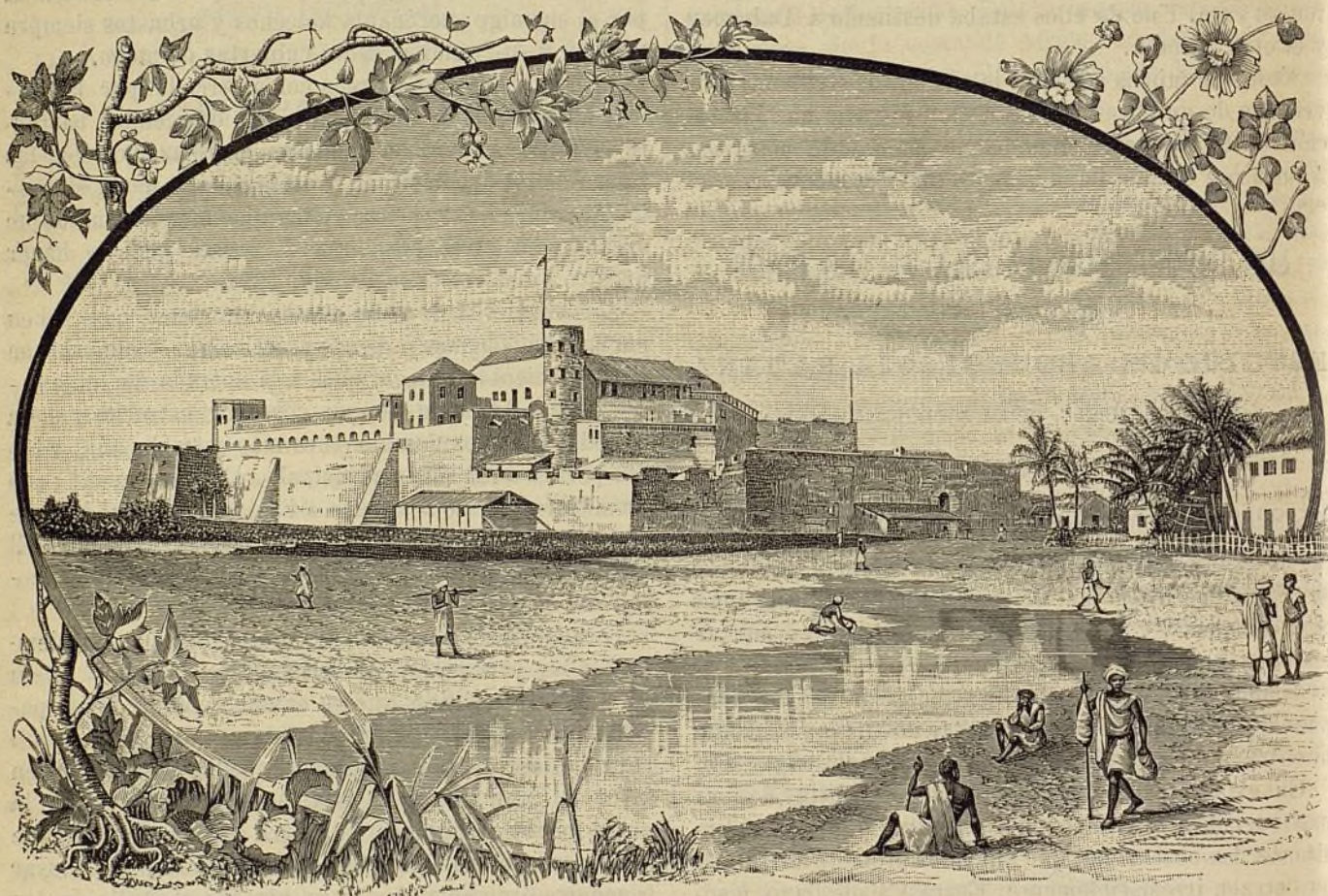
No lejos del establecimiento de la Misión, los traba-

jadores de un campo de ñames levantaron cierto día una piedra que les embarazaba mucho, y pusieron al descubierto la entrada de una gruta. Bajó á ella un muchacho, quien anunció que había dentro osamentas humanas, y extrajo un brazaletes que no tenía la forma de los otros conocidos en el Archipiélago. Este era redondo y uniforme en toda su circunferencia, mientras que el común es plano, ensanchado y desigual. Ningún hombre viviente tenía noticia de este hipogeo, lo que acusa su antigüedad.

Entremos en otro de fecha más reciente. A cada lado y en toda la prolongación del hipogeo, vense estantes en los que hay depositadas osamentas, pero sin los cráneos. Al salir, un anciano nos indica el lugar

das excavaciones bajo las rocas, llenas de osamentas. Allí se depositaban en otro tiempo los miembros de la familia de los jefes de Uro. Visitamos en seguida otro abrigo bajo la roca, donde se hallaban los cráneos de los muertos de la misma familia. Al lado de ellos pudimos recoger un brazaletes, objeto que depositaban junto á los restos de los antepasados. Al frente vimos los restos de las vasijas que usaban para cocer los víveres que ofrecían á los muertos. Era un lugar de oración antes de la pesca y la guerra.

Los relatos más maravillosos y legendarios se refieren á otro hipogeo llamado *Ko-me mere*, que significa: «que mata los pájaros.» Asegúrase que todos los que pasan sobre la gruta caen muertos. «En prueba de



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Fuerte de San Jorge. Castillo de Elmina. (Pág. 114)

donde los colocaban: delante de ellos venían á hacer las preces y las ofrendas á los antepasados. Este hipogeo había sido harto visitado por los extranjeros. No hemos encontrado en él ni piedras sagradas ni palitos ó exvotos de las grutas.

Veamos ahora un hipogeo que mis guías llaman Iguere. Era el cementerio de la familia Ti-Kure. Mis conductores se han negado á bajar conmigo á esta gruta sagrada y bastante espaciosa. Afirman y parecen estar convencidos de que cuantos bajan á ellos pierden la razón ó el oído. Con no poco trabajo he podido determinar á uno á que me acompañase para demostrarle lo vano de sus temores.

Fuimos á un bosque donde se ofrecieron á mis mira-

ello, dicen los indígenas, mirad el polvo del suelo: ¿no está lleno de huesos de aves?» Efectivamente, los había en abundancia; más, observando atentamente, advertí que eran de una misma especie, el murciélago, que frecuenta las grutas, y que debió morir allí de vejez ó devorado por otras aves nocturnas. Afirman que en la gruta conservábanse los cuerpos que allí se depositaron, pero que los deportados sustrajeron algunos que se hallaban en muy buen estado de conservación. Excavando los rincones del hipogeo he podido convencerme de la verdad del hecho, pues he descubierto fragmentos de cadáveres cubiertos con su piel desecada. Nada tiene de extraño esto, ya que estando la entrada abierta en sus dos extremos, la corriente de aire debió naturalmente favorecer y activar la desecación.

NUEVOS MISIONEROS MÁRTIRES EN FILIPINAS

A los catorce Religiosos Agustinos Recoletos, mártires de la fe y de la patria, sacrificados cruelmente en Filipinas en el mes de Septiembre último, hay que agregar dos más: los RR. PP. Fr. José San Juan y Fr. Domingo Cobrejas, cuya breve necrología vamos á reseñar.

Nació el primero en la importante villa de Tabuenca, provincia de Zaragoza, el 9 de Diciembre de 1853. Sus padres, que aún viven y tienen posición desahogada, como sólidamente cristianos educaron con esmero á su hijo, quien desde niño dió muestras de piedad, por lo que á nadie extrañó que abrazara el estado religioso después de haber estudiado latín y humanidades. Ingresó en el colegio de Recoletos de Monteagudo (Navarra) en Octubre del 71, y habiéndosele vestido el hábito de coro, no desmintió jamás su profunda vocación, tanto en el noviciado como en el transcurso de sus estudios, llamando no poco la atención de todos los Religiosos sus hermanos por su recogimiento, aplicación y observancia de las Reglas monásticas.

Destinado á Filipinas por sus Prelados, no era difícil prever su celo como misionero, teniendo en cuenta las virtudes que le adornaban viviendo en el claustro; así que, desde el día en que sus Superiores le confiaron las Misiones, es indecible lo que trabajó, indecible su constancia y abnegación, indecible el interés que se tomó por aquellos cristianos, encantando á todos con su modestia, afabilidad y dulzura.

No permite una nota necrológica exponer en detalle las obras que realizó en aquellas apartadas regiones, siendo una verdadera providencia para los indios, cuyas necesidades espirituales y temporales socorría con generoso corazón. En la iglesia y privadamente para todos tenía un buen consejo, una palabra cariñosa; á todos consolaba en sus tribulaciones, alentaba en sus infortunios, amando á todos en Dios, por Dios y para Dios; sacrificando á esa grandiosa idea todo su reposo, todo su ser, sin ocuparle otro deseo que labrar la felicidad de sus feligreses. A esto se redujo la vida de este héroe por más de dieciocho años que vivió entre los filipinos, vida laboriosa, rodeada de privaciones, alejado tres mil leguas de sus queridos padres, sin más sociedad que la de los indios, acomodándose á los caprichos de aquellos «niños grandes» (que no es otra cosa el indio filipino), soportando sus rudezas, conllevando toda clase de molestias y aguantando infinidad de sufrimientos. Este es el fraile de Filipinas, que sabe ofrecerse en completo holocausto por los dos ideales más grandes, más bellos y preciados: la Religión y la patria. Si esto no es heroísmo, con dificultad podrá darse este apelativo á las acciones más sobresalientes.

Héroe oscuro fué este fraile, que entre bosques apartados é insanos gastó su preciosa existencia, consagrada á la obra más sublime y trascendental de la civilización, y si bien no brilló en el fausto terreno fué verdadero héroe á lo divino, y al recibir la fiera lanzada por aquellos sectarios y que dió fin á su vida, debemos confiar que habrá recibido la corona de la inmortalidad.

Pocos detalles podemos participar á nuestros lectores relativos á los postreros instantes de ese misionero: solamente se sabe que lo secuestró una turba de foragidos insurrectos, llevándole al monte; allí le hicieron sufrir muchísimo, y por último le asesinaron. También es positivo que no fueron sus feligreses quienes cometieron ese sacrílego atentado, toda vez que al salir de su pueblo estaba éste perfectamente tranquilo, y dirigiéndose al pueblo de Morong á visitar á su hermano y colateral P. Domingo Cobrejas, fué cuando lo secuestraron.

Dios perdone á aquellos desalmados que tan ingratamente pagan los favores y beneficios que á manos llenas les otorgan sus fervorosos misioneros. Descanse en paz el venerable Religioso, y plegue al cielo que su muerte sirva de víctima expiatoria al objeto de acelerar la terminación de esa guerra insensata de Filipinas en la que tanta desolación y desastres se cuentan.

El P. F. Domingo Cobrejas era natural de Mallén, en el reino de Aragón, célebre por muchos conceptos, habiendo visto la primera luz el día 10 de Septiembre de 1861.

Hijo único, y ocupando sus padres en aquel entonces una buena posición, hubo de costarle mucho vencer la resistencia que oponían los autores de sus días á que fuese Religioso; empero, siendo buenos cristianos, en vista de la vocación de su hijo, y de la resolución inquebrantable de ser agustino, cedieron á los impulsos de aquel corazón, otorgándole su venia y bendición paternal.

Fué á Monteagudo de Navarra, pueblo donde tienen el colegio de Novicios los reverendos Padres Agustinos, y transcurrido el año de prueba, profesó con singular contento de todos.

En la carrera científica salió aprovechado, y terminada, fué destinado á Filipinas por los Prelados.

Era ese joven Religioso de grande y vigorosa iniciativa, incansable en el trabajo, de corazón ardiente y resuelto y de un valor casi temerario. Apenas llegó, lo mandó el Provincial de la Orden á Laspiñas con el fin de que aprendiese el dialecto tagalo, imponiéndose en breve en ese difícil estudio, difícil, porque no tiene afinidad alguna con ninguna de las lenguas cultas de Europa, pudiendo afirmarse que es una tarea de las más improbas y enojosas á que se puede condenar al humano entendimiento.

Pronto comenzó á ejercer su ministerio, siendo nombrado misionero de Mangarin en Mindoro, pueblo poco adelantado, donde era forzoso construirlo todo, iglesia, convento, cementerio, y organizar todos los ramos, y nuestro malogrado misionero, con aquel temple de alma que Dios le dotara, con aquella constancia que jamás le abandonaba, dió cima á todos estos proyectos, transformando en poco tiempo aquel pueblo desorganizado en otro enteramente distinto: sólo Dios sabe lo que padeció ese pobre fraile para realizar tamañas obras.

La obediencia le mandó después á Morong, pueblo de la provincia de Bataan, que poco hacía fuera pasto de las llamas, donde nada quedó en pie, ni iglesia, ni convento, ni caserío alguno. Cualquiera otro se hubiera

abatido y arredrado ante cuadro tan desolador, pero el P. Domingo se agigantó ante esa situación precaria, por no decir desesperante; inmediatamente puso manos á la obra, y poniendo en juego sus aptitudes extraordinarias, reconstruyó el pueblo, levantó nueva iglesia y convento, embelleció la población, y hoy está desconocida.

Allí era de ver á ese fraile, sin descuidar su sagrado ministerio, ir al monte con los indios á cortar maderas bajo un fuego abrasador unas veces, y otras en medio de lluvias torrenciales, como sucede en Filipinas, cubierto de lodo y fango, sudoroso, comiendo poco y mal, en suma, arrojando innumerables peligros, exponiendo su vida á trueque de llevar adelante su obra eminentemente civilizadora que la Religión y la patria le impusieron.

Que vengan esos detractores é ignorantes de las obras de los frailes á ver si ellos son capaces de realizar esas empresas. Por lo dicho, puede juzgarse la sensible pérdida que ha tenido la Orden Agustiniense al ser sacrificado uno de sus preclaros hijos y que prometía muchísimo todavía. Descollaba principalmente en el púlpito, como en diferentes veces ha sido testigo la ciudad de Manila. ¡Con qué fuego predicaba! ¡Qué conceptos tan elevados y claros, y qué decir tan hermoso y admirable!

Nos asociamos con el más profundo dolor al sentimiento que siente hoy esa Orden insigne por la pérdida de sus dieciséis hijos, cuyos hechos no caben en el reducido cuadro de una necrología.

ULATHORNE, OBISPO DE BIRMINGHAM

CADA día presenta mayor interés el proyecto de unión de las Iglesias latina y anglicana, y cada día también es más digna de recordación la influencia de ciertos Prelados ingleses de nuestra época.

El R. P. Guillermo Ulathorne, el intrépido adversario de Gladstone, fué uno de los grandes Prelados católicos de nuestro siglo, adversario digno del grande anciano, cuyo nombre merece también de los fieles todo respeto, porque él ha roto, llevado de un sentimiento de justicia, las cadenas que oprimían á los católicos irlandeses, y desde el campo anglicano ha hecho posibles las relaciones de la nación con el Romano Pontífice.

Entre todos los Obispos ingleses, Guillermo Ulathorne, con sus numerosos escritos, fué el que habló más claro á la inteligencia y al corazón del gran político. Había nacido esta gloria de la Iglesia católica en Jacklidge, condado de York, en 7 de Mayo de 1806, y su especial vocación le llamó desde muy joven al estado eclesiástico, para el que se preparó con serios estudios. Había en Ulathorne, y lo conocían todos sus condiscípulos, especiales condiciones de sacerdote, de polemista y de misionero. Desinteresado, no pensó un momento en optar por carreras lucrativas, eligiendo en todo lo más pobre y lo más humilde.

Cuando era joven, y los de su edad pensaban en beneficiar el oro de Australia, él pensaba únicamente en el gran número de almas que allí podrían ganarse á la verdadera fe de Cristo. En 1832, apenas ordenado de

presbítero, ya le vemos entregado á tan santa labor, sin perdonar trabajos ni penalidades, contrariando la predicación de los misioneros protestantes que, dotados de grandes recursos y provistos de todo género de comodidades, más que en cosas de religión se ocupaban en asuntos de comercio y de política.

El florecimiento de Australia, ese país de los grandes contrastes, es una de las maravillas de nuestro siglo; pero más lo es todavía la rápida propagación del Catolicismo, á la que contribuyó no poco el joven misionero, llamando sobre sí la atención y las bendiciones de la Sede Apostólica.

Por fortuna, también figura el nombre español en la conversión de Australia, porque siempre que se recuerda este punto, hay que traer á la memoria los nombres de los PP. Serra y Salvado, y nuestra famosa colonia de Benedictinos.

De regreso Ulathorne en su patria, lleno de méritos, fué nombrado Obispo *in partibus* en el mismo año en que Pío IX era elegido Sumo Pontífice. Sabido es que á este Papa inmortal se debe la restauración de la jerarquía católica en Inglaterra. En 29 de Septiembre de 1850 fué nombrado Ulathorne, por Pío IX, obispo de Birmingham.

Desde un país, juzgado el más salvaje del mundo, pasó á una ciudad de las más adelantadas é industriales de Europa, y á combatir de nuevo con los protestantes sus compatriotas, datando de esta época sus muy numerosos escritos. Otra de sus grandes empresas fué la rehabilitación de la vida religiosa y conventual entre los ingleses, para lo cual escribió otro libro. En uno de sus escritos puede leerse la historia del renacimiento del Catolicismo inglés y del restablecimiento de la jerarquía eclesiástica.

Al acercarse el Concilio del Vaticano y suscitarse con gran interés por una y otra parte la cuestión de la infalibilidad pontificia, fué Ulathorne quien se encargó en Inglaterra con una serie de Cartas de explicar la verdadera significación del Concilio y del dogma.

Aquellos eran trabajos de los que sólo más tarde se habría de recoger el fruto; pero todo nos hace creer que este feliz resultado ya se aproxima. La Iglesia anglicana, que combatió Ulathorne, parece completamente desorganizada, y el Catolicismo, según los mismos adversarios confiesan, va en progresión ascendente y continua.

¡Gracias á los que prepararon esa gran revolución sin otro auxilio que el de la divina Providencia!

(M. C.).

CRÓNICA

Francia.—En la página 97 damos el retrato del Superior general del Instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas, José María Jossierand, en Religión H. José. Nació en Saint-Etienne (Loira) el 30 de Marzo de 1823. Hasta la edad de catorce años concurrió á la escuela de los Hermanos de su población natal, y después se marchó á París, á fin de proseguir sus estudios en el pequeño noviciado de los Hermanos, abierto recientemente por el H. Felipe. Allí alcanzó notables triunfos.

Concluido el noviciado, entró en la enseñanza en París, donde debía llenar toda su carrera. Presentóse primero como profeso

en la Escuela de San Nicolás de los Campos; pasó luego al semipensionado de la calle de Francs-Burgeois, alcanzando por sus prendas de carácter y virtudes la estimación y el afecto de todas las personas que le trataban. Mostró no sólo las condiciones de un hombre prudente, sino que desplegó cualidades superiores de pedagogo y educador. Tuvo la dicha de ver como muchos discípulos suyos conquistaban en la sociedad y en las grandes Administraciones puestos distinguidos, conservando siempre con ellos relaciones que probaron hasta el último instante el respeto y el afecto que sabía inspirar á todos.

En 1867 fué nombrado visitador de los establecimientos de los Hermanos en la región de París. En 1874 el Capítulo de la Orden le eligió para asistente del Superior General. En 1881 el Gobierno de la república le dió un puesto en el Consejo superior de instrucción pública, al que perteneció hasta su fallecimiento, ganándose en él en seguida y conservando siempre el aprecio de sus colegas. En 1884, al morir el M. Rdo. H. Irlide, superior general del Instituto de los Hermanos, el Capítulo general, que se reunió en Octubre, designó para sucederle y por unanimidad al H. José.

Gobernó, por espacio de dos años, el Instituto de los Hermanos con una firmeza y una inteligencia que harán de su generalato uno de los más hermosos períodos de la citada Congregación religiosa.

En 1884, al ser nombrado Superior general el H. José, contaba el Instituto 12,000 Hermanos y daba instrucción á 300,000 alumnos. Hoy cuenta con 15,000 Hermanos, de ellos más de 4,000 en Misiones y en el extranjero, y educa é instruye 350,000 alumnos. El M. Rdo. H. José fué digno del todo del elogio que el Soberano Pontífice León XIII dirigió al Beato J. B. de la Salle, cuando escribió en alabanza del Fundador del Instituto de los Hermanos: «Mereció bien de la Iglesia y de la sociedad civil.»

Ingllaterra.—Hace apenas sesenta años que se dió el *bill* contra los no conformistas y los católicos, y hoy el pueblo inglés se ha habituado de tal manera á la libertad de los demás, que encuentra muy natural la petición de los católicos de que se les permita hacer procesiones públicas.

Estas manifestaciones se verifican sin el menor desorden, de manera que una de estas procesiones ha recorrido el barrio *Tower*, la Torre de Londres, el más antiguo barrio de la ciudad, donde la circulación se asemeja á un enjambre de abejas. Era una manifestación conmemorativa en honor de dos de las más nobles víctimas del sanguinario Enrique VIII, del cardenal Fisher y del canceller Tomás More.

El organizador de la manifestación fué un miembro de la Compañía de Jesús, el P. Fletcher. La procesión se desarrolló en una longitud de un kilómetro y atrajo una enorme multitud.

El cuerpo de la reina *Bess*, la pérfida Isabel, debió estremecerse en su tumba en aquel día de reparación de uno de los crímenes más sangrientos de su infame padre adulterino.

—El Dr. Field ha publicado en la Revista *The Evangelist* un artículo con este epígrafe: *Cómo debe tratarse á los católicos*. En él dice que sus antiguas preocupaciones de protestante se van desvaneciendo desde que ha comenzado á tratar con aquéllos; que no le han hecho cambiar de opinión las pompas de la Semana Santa y del culto en Roma; pero sí el hospicio del monte de San Bernardo, en los Alpes, y el trato de misioneros católicos á bordo de algunos buques, y el ver con qué resignación, con qué valor parten, sin esperanza de tornar á su patria, para las expediciones más lejanas.

Añade que jamás olvidará su encuentro con un misionero católico francés en Singapore, que se trasladaba á la isla de Java, y que le respondió, como le preguntase cuándo volvería á su patria: *¡Jamás!* Nunca palabra más terminante y con tanta dulzura y resignación proferida, añade el Dr. Field, salió de labios humanos. El artículo del escritor protestante es una brillante y sentida apología del Catolicismo.

Osaka (Japón).—De esta parte del Extremo Oriente, de la que damos dos apuntes en las páginas 112 y 113, recibimos una carta en la que el R. Fage nos hace saber que acaba de recibir la consagración el Ilmo. Chatron. Esta imponente ceremo-

nia se ha efectuado en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, de Kobe. Fué prelado consagrante el Ilmo. Osouf, venerable arzobispo de Tokio, asistido de los Ilmos. Cousin, obispo de Nagasaki, y Berlioz, que lo es de Hacodata. Ocupaban asientos de preferencia en la iglesia los agentes diplomáticos de Francia y otras personas distinguidas.

El día siguiente, 19 de Octubre, los tres órganos de la prensa extranjera de Kobe dieron cuenta de la ceremonia de la consagración. Los redactores de estos tres periódicos son protestantes, y sin embargo, no apareció una palabra discordante en sus artículos, que no fueron sino un elogio, por lo demás muy merecido, del Ilmo. Chatron. Asimismo hicieron notar cuánto contrastaba la ceremonia católica con la recepción de su *bishop* (obispo anglicano) llegado tres meses antes de Inglaterra. Toda la ceremonia, en efecto, había consistido en un *meeting* en la logia masonica de Kobe.

China.—El ministro plenipotenciario de Francia en China, Mr. Gerard, ha obtenido, tras de largas y prudentísimas gestiones, la autorización necesaria para proceder á la reconstrucción del templo de Nuestra Señora de las Victorias, en Tien-Tsin.

Durante la revolución de 1870, el populacho, furioso, incendió y arrasó hasta los cimientos del templo, suntuoso por cierto, de que hablamos. Con la destrucción del monumento religioso, que destacaba por su magnificencia entre sus congéneres del Continente asiático, coincidió el asesinato del cónsul francés Sr. Fontaines, del misionero R. Chevries, del secretario de la Embajada francesa, de su esposa y diez Hermanas de la Caridad.

Sobre toda ponderación magnífico es el éxito obtenido por el R. Gerard.

El templo de Nuestra Señora de las Victorias surgirá de entre sus ruinas más espléndido que antes, coronado por la cruz de Jesucristo, y su ingente mole será motivo de asombro para los sectarios de Confucio, que, mal de su grado, aprenderán una vez más, como la Religión verdadera y los monumentos que la simbolizan sobreviven á la ruina de todas las cosas humanas.

Filipinas.—Han pasado á mejor vida en el archipiélago filipino los RR. PP. Durán, Faura y Salvans, catalanes todos y de la Compañía de Jesús. Llevaba el primero más de treinta años en Filipinas, y había recorrido en constantes Misiones todo el país. El segundo, P. Federico Faura, era un santo y celoso misionero, director del Observatorio Meteorológico de Manila, y conocido en todo el mundo científico por sus notables observaciones é inventos, que le habían granjeado universal reputación. El P. José Salvans había evangelizado dieciocho años las tribus de Mindanao con incansable celo, y allí contrajo la enfermedad que le llevó al sepulcro. Los tres por sus ejemplares virtudes y saber fueron gloria de su Orden y de nuestra Cataluña. ¡Dios los tenga en su gloria!

—De una carta de un monje benedictino que se halla actualmente en Filipinas, tomamos las siguientes noticias sobre las importantes Misiones que en Mindanao y Siargao allí desempeñan nuestros Religiosos Benedictinos de Montserrat:

«Desde 1.º de Junio último (dice), corre á nuestro cargo la administración parroquial de los fieles de la isla de Siargao y de dos Curatos-Misiones más en la de Mindanao, que los buenos Padres Jesuitas tuvieron la caridad de cedernos, con un total de 24,068 almas según la estadística del pasado año 1895.

«La isla de Siargao está dividida en dos parroquias, de las cuales una es la de Numancia, y que administra el P. D. Romualdo Moral, teniendo por compañeros al P. Fausto Curiel, y H. Román Queralto. Están anejas á esta parroquia las Visitas de San Isidro, Pamasoingán, Sapao, y la de San Benito de de Siargao (de creación reciente), con un total de 4,499 almas.

«La otra parroquia es la de Cabuntog, que tiene las Visitas de Dapá, Pilar, Cambasac y Socorro, con una totalidad de 4,756 fieles. La administra el P. Martín Díez, siendo sus compañeros el P. Tomás López, y H. Plácido Carreras.

«Los otros dos Curatos-Misiones en Mindanao son los de Gigauit y el de Taganaán. El primero, que como Visitas tiene los pueblos de Bacuag, Claver y Taganito con una población de 9,639

almas, corre á cargo del P. Fulgencio Torres, siendo sus compañeros el P. Gerardo Castañares y el H. Fructuoso Carreras.

«Y el segundo que tiene las Visitas de Placer, Timamana y Talavera, con un total de 5,174 fieles, está á cargo del P. Enrique Altimira. Tiene por compañeros el P. Claudio Alonso y el H. Esteban Burch.»

Un abrazo muy cordial mandamos desde Cataluña á aquellos buenos paisanos, que tan alta llevan entre los fieles y neófitos la bandera de la esclarecida Orden Benedictina y la devoción á la Santísima Virgen de Montserrat. Hasta ahora, por su protección, se han visto libres aquellas islas de las convulsiones y trastornos que han hecho correr tanta sangre y lágrimas en el resto del Archipiélago.

Tierra del Fuego.—Leemos lo que sigue en el *Boletín Salesiano* de Turín:

«Nuestro Señor se ha servido visitar á nuestra Congregación con una nueva gravísima desgracia.

«El 27 de Enero último nuestro amado Padre y Superior D. Rúa recibía tristes noticias de la Tierra del Fuego, que han venido á amargar de nuevo su corazón de padre. El 12 del próximo pasado Diciembre un terrible incendio destruía completamente la próspera é importantísima Misión de la Candelaria de la Tierra del Fuego en el Río Grande.

«Nada ha respetado el voraz elemento, dejando en poco tiempo convertida en un montón de escombros la entera colonia.

«Los daños materiales sufridos ascienden á muchos miles de pesetas. La necesidad de reconstruir á la mayor brevedad esta colonia es urgentísima, pues por la situación geográfica que ocupa, es el punto de reunión de los indios de la Tierra del Fuego.»

VARIEDADES

RUSIA

SE vasto imperio es el mayor del mundo por su extensión: ocupa los dos tercios del territorio europeo, gran parte del Norte del Asia, y una porción de la América Septentrional; entre los súbditos del *czar* se encuentran las razas más variadas y desemejantes; hay allí *escandinavos, polacos, eslavos, griegos, caucásicos, tártaros, siberianos, samoyedos, ainos, mogoles*, y otros más todos bajo el cetro de la casa Romanoff, que perpetúa las tradiciones de Pedro el Grande, fundador del Imperio.

El pueblo ruso es fervorosamente adicto á las tradiciones de sus antepasados; y los príncipes y magnates han adoptado las costumbres de Occidente, sin dejar por ello los rasgos característicos de su origen; así es que la nación rusa en su doble aspecto oriental-occidental forma uno de los pueblos más extraños de la tierra.

Un ejército innumerable, del que forman parte así los *cosacos* de las llanuras, como los *tcherkeses* de las montañas caucásicas, impone respeto á sus enemigos: la flota rusa es también de gran valía por los acorazados que cuenta y la pericia marinera de las tripulaciones, reclutadas entre los pescadores avezados á luchar con las tempestades del mar del Norte y del mar Negro.

La casa rusa ó *isba* está formada de modo pintoresco por medio de enormes troncos de árbol descortezados, cruzados entre sí; en el interior se ve una gran chimenea-estufa, cubierta de azulejos, encima de la cual duermen en invierno los inquilinos de la isba.

En el rigor del invierno los rusos van cubiertos de pieles. En los ríos helados hay necesidad de abrir agujeros en el hielo para pescar los peces: en los mercados de Siberia se venden pescados, jamones, y carne completamente helada y osos jóvenes vivos.

La piel llamada de Rusia procede de una civeta olorosa (cuadrápodo roedor) que comunica su perfume á la piel; se cazan también allí zorros azules, liebres blancas, y martas zibelinas.

Manjar apetecido por los rusos es el *caviar*, compuesto de huevos aglomerados del pescado *esturión* que abunda en el Volga, pero que no es muy fácil pescar por efecto de su gran fuerza y considerable tamaño. Se bebe en Rusia el *wolk* ó aguardiente de grano.

Cuando se hielan los ríos, corren por encima de ellos los trineos y la gente circula por la superficie haciendo jugar los patines: es tan riguroso el frío que á veces se hielan las extremidades de las personas que cometen alguna imprudencia.

Moscou es la capital histórica y San Petersburgo la moderna; en Moscou está el palacio-fortaleza-iglesia en donde se celebran las grandes ceremonias del Imperio. Allí existe una campana rajada debajo de la cual puede albergarse una familia.

En San Petersburgo hay grandes avenidas á que llaman *perspectivas*. Allí se levanta sobre un peñasco la estatua ecuestre de Pedro el Grande. En Odessa hay una escalera gigantesca que va desde la ciudad al mar. Se hace un activo comercio en todos los puertos del imperio, enviándose grandes cantidades de artículos de madera, metal, de pieles y tejidos. Rusia ha tenido grandes poetas como Puckine, artistas como Vereschaguine, viajero, pintor y escritor; compositores como el insigne pianista Rubinstein y Tschaiikowsky; grandes capitanes como Totleben, Gurko y Skobeleff.

MANDARINES CHINOS

Los mandarines son en la China de nueve clases, y se distinguen por las bolitas ó botones que llevan en el gorro. La primera categoría lo usa coral rojo. Las demás siguen con el botón rosa azul, sombrío azul, celeste, de cristal, de nácar, de oro y de plata.

El derecho de usar una pluma de pavo real significa distinción especial. El color y la forma de la túnica de seda azul, bordada de oro, son también indicios de mayor ó menor categoría.

La honra mayor y la más disputada consiste en la túnica amarilla, como la de la familia imperial, y sólo se confiere por servicios excepcionales.

Li-Hung-Tchang tiene una lujosa colección de vestidos de dicho color, y según un diario parisiense, regaló al presidente Mr. Faure el que llevaba en el acto de la coronación del Czar.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Bernabé Chaves, de Bienvenida.	5 ptas.
Juan Roure y Farré, de Bañolas.	46 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona